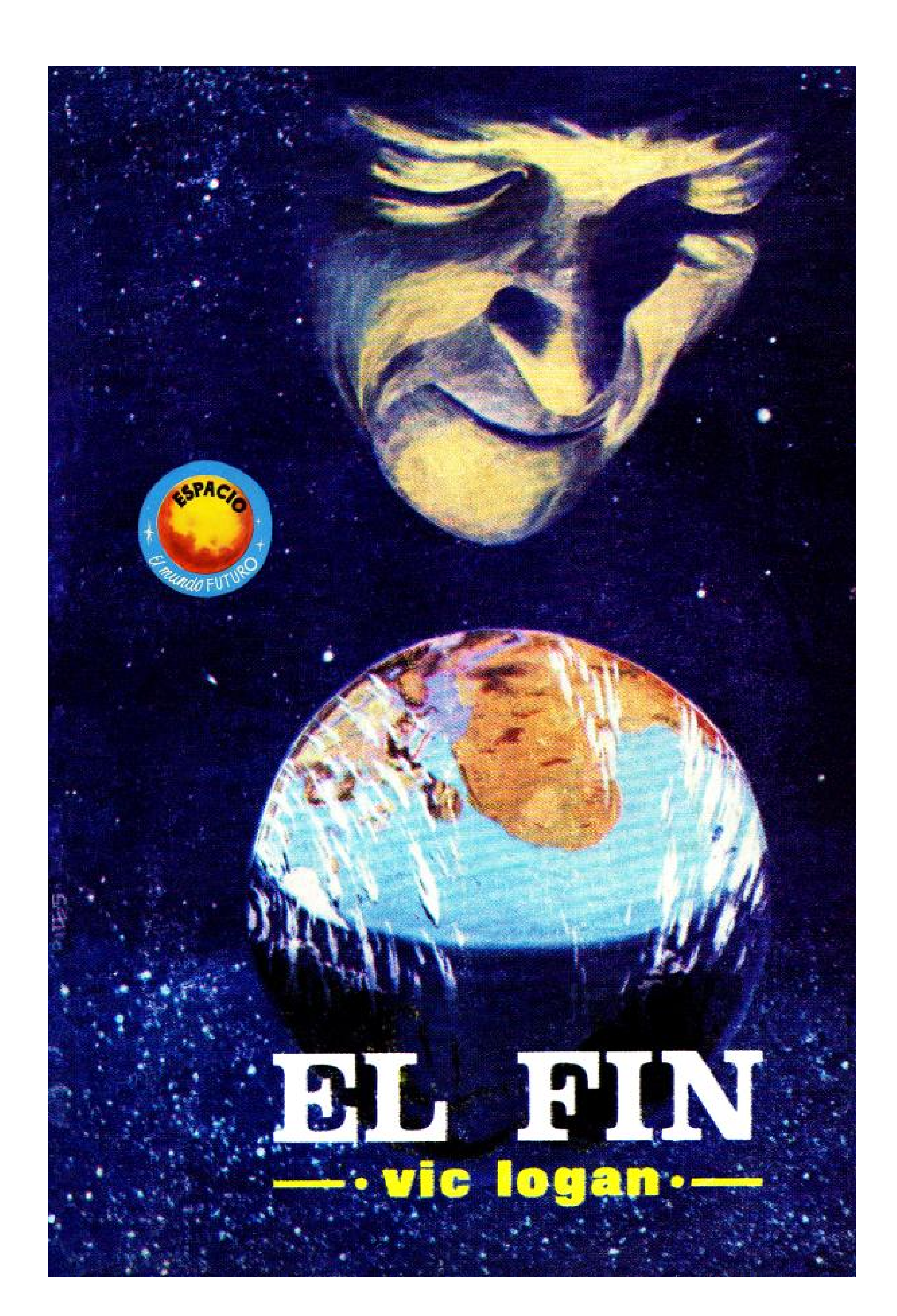

ESPACIO
el mundo FUTURO
EL FIN
vic logan

La base submarina de proyectiles «polaris» con control a distancia comenzó a funcionar.

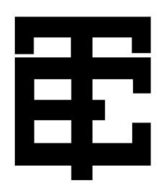
No era un simple ensayo.

Centenares de bombas autopropulsadas, salieron de las rampas submarinas a veinte metros de profundidad.

Los tubos de lanzamiento quedaron vacíos. Los proyectiles A-4, con un alcance aproximado de cinco mil quinientos kilómetros surcaban el aire por inercia en dirección al objetivo previsto.

El radar anotó su paso.

—Moscú en peligro inminente.



Vic Logan

El fin

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 373

ePub r1.0

LDS 09.04.19

Título original: *El fin*
Vic Logan, 1966
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



12 de abril de…

Lugar: Primera base internacional de cohetes con fines pacíficos.

Protagonistas:

Mayor Robert Salters, 32 años, soltero, nacionalidad norteamericana, raza blanca, metro ochenta y cuatro de estatura, ochenta kilos, pelo rubio ondulado, ojos azules. Tirador de primera, técnico en armas nucleares, coeficiente de inteligencia 95 por cien.

Jean Leduc, 28 años, francés, graduado en ciencias atómicas. Metro setenta y cinco, pelo negro, ensortijado, ojos pardos. Medalla de oro en los últimos juegos olímpicos, coeficiente de inteligencia 90 de cien.

Mayor Alan Rutherford, inglés, cuarenta años. Metro setenta y cinco, pelo castaño grisáceo, gran estratega, especialista en «contactos con la estratosfera». Coeficiente de inteligencia 90 de cien.

Dimitri Gorochenko, nacionalidad rusa, 26 años. Pelo negro, ojos grises. Número de extraordinarios reflejos. Coeficiente de inteligencia 95 de cien.

Atención a esos cuatro hombres, van a vivir la aventura jamás soñada. Ellos no lo saben. Nadie lo sabe…

Las veinticuatro pantallas televisoras muestran el *Inter-I*.

La cuenta «hacia atrás» empezó ya.

El lanzamiento del primer cohete es ya cuestión de minutos.

Los cuatro astronautas, salen de los vestuarios con el traje espacial.

Fuera, una nube de fotógrafos espera para sacar las últimas fotografías de los cuatro hombres que van a subir a la cápsula.

Todo el mundo puede seguir las incidencias a través de la

televisión, vía Satélite.

Hay gravedad en los rostros de los jefes de la base. Silencio en los labios de la concurrencia.

Lo imposible va a ser realidad. Una nave especial con representantes de cuatro países, va a ser tripulada por primera vez en la historia.

Su destino…

Sí. Su destino es algo que pocos años antes nadie habría imaginado.

NOVO.

Ése era el nombre. El último planeta descubierto, a una distancia aproximada a la de la luna. Nadie sabía de él. Nunca figuró en ningún sistema del firmamento. Su tono azulado le hacía completamente invisible en los objetivos de los más potentes telescopios; sin embargo, las últimas investigaciones espaciales habían revelado su existencia. Poco se había podido averiguar, pero por las fotografías sacadas en vuelos experimentales se había llegado a la hipotética conclusión de que en Novo podía existir una climatografía de características parecidas al planeta Tierra.

Aquellos cuatro hombres iban a saber la verdad. Porque ellos se dirigían a Novo, allí «tomarían tierra». Entrarían en contacto con el último de los mundos descubiertos y con combustible suficiente podrían regresar a la Tierra.

El cálculo del viaje no sobrepasaba a la semana de duración. Entretanto irían transmitiendo a la Tierra.

Los *flashes* centellearon. Los cuatro astronautas en fila india llegan a la plataforma inferior.

El general Alester espera en el ascensor. Las palabras que les dirige no pueden ser más breves, más lacónicas.

—El mundo entero está pendiente de ustedes. Buena suerte.

El ascensor automático subió hasta la séptima planta, la entrada de la espaciosa cápsula.

Entraron uno tras otro.

Los dos monitores cerraron las compuertas.

—Comprueben el mando electrónico.

Jean Leduc se sentó en su asiento movible y pulsó un botón. Las compuertas se abrieron corriéndose a ambos lados.

—Mando electrónico de puertas, en orden.

La cápsula era bastante confortable, cuatro sillas reclinables y movibles, con correas en los brazos, estaban destinadas a los tripulantes. Había armarios metálicos al fondo y un cuadro de mandos en un tablero inclinado frente a cada silla. Al fondo cuatro pantallas de televisión y a la vez otras tantas cámaras para enfocar el interior.

Pulsando el botón conveniente —Alan Rutherford lo hizo— se deslizaba una chapa de aluminio duro dejando al descubierto un amplio ventanal de cristal de acero, a través del cual era posible ver el exterior.

Había espacio para levantarse y una «tapa» en el suelo para bajar a la pequeña «sala de máquinas», mediante una escalerilla metálica sujeta a los dos pisos.

El cubicaje total del lugar destinado a los astronautas era de cien metros. Cien metros cúbicos, cinco por cinco por cuatro.

Jean cerró las compuertas.

Alan hizo lo propio con la ventana visor.

Robert Salters abrió el transmisor.

La voz del puesto de control pudo escucharse claramente.

—Aquí control *Inter I*. ¿Me escuchan?

—Perfectamente control —replicó Robert.

—¿Alguna novedad?

—Todo en orden.

—Ponga atención. Faltan quince segundos para la hora O.

—Quince segundos —repitió Robert.

—Empieza la cuenta.

Sujetáronse con los cinturones de seguridad, reclinando sus asientos hasta dejarlos en posición de total relajamiento.

—«Diez…». —comenzó el control.

—«Nueve, ocho, siete, seis…».

Londres, Nueva York, París, Moscú, Washington, el mundo entero a través de las pantallas seguía los últimos momentos.

Era posible, ver dentro de sus escafandras a los cuatro astronautas que iban a emprender el viaje.

—«Dos, uno…».

Una mano se aferró en el último de los mandos de la estación de control. Sólo bastaba pulsar la palanca.

—CERO.

La mano bajó con rapidez.
El cohete se elevó, entre una nube.
Cuatro hombres iban a descubrir un mundo nuevo.
Y les iba a hacer mucha falta. Mucha…
Porque…

CAPÍTULO PRIMERO

La base submarina de proyectiles «polaris» con control a distancia comenzó a funcionar.

No era un simple ensayo.

Centenares de bombas autopropulsadas, salieron de las rampas submarinas a veinte metros de profundidad.

Los tubos de lanzamiento quedaron vacíos. Los proyectiles A-4, con un alcance aproximado de cinco mil quinientos kilómetros surcaban el aire por inercia en dirección al objetivo previsto.

El radar anotó su paso.

—Moscú en peligro inminente.

Las bases del Caribe habían entrado en funcionamiento a la misma hora.

—Aquí observatorio de Florida. Objetos no identificados se dirigen a gran velocidad rumbo noroeste.

¡San Francisco en peligro!

¿De quién había partido la primera orden?

¿Quién era el culpable del cataclismo que ya no podía ser evitado?

Qué importaba ya…

Durante dos mil años el mundo se perfeccionó hasta el punto de que los mismos hombres labraron su destrucción.

Y la destrucción estaba en marcha.

Aviones franceses, británicos, rusos, chinos, japoneses, alemanes, norteamericanos… Como un enjambre enloquecido cruzaban el espacio portadores de los explosivos necesarios para acelerar el final.

Un locutor de la televisión estaba narrando las incidencias del

primer vuelo especial de «la amistad».

—La cápsula *Inter-I* lleva su primer día en la estratosfera, rumbo a Novo…

La emisión se interrumpió. El locutor ya no tuvo tiempo de reseñar las causas. Todo había oscurecido de pronto bajo el cielo californiano. La explosión de cien megatones alcanzó la preciosa avenida que había cerca del Golden Gate. Siguieron otras.

Los «hongos» de la muerte proliferaban, aquí… allá…

En Nueva York todavía podía escucharse alguna comunicación.

—Nuevas explosiones en el medio-oeste. Sigue el peligro. Acudan a los refugios.

El Empire State se desintegraba.

Una radio no identificada daba noticias de París.

La capital del mundo había desaparecido.

Sobre Moscú se levantaba también la humareda mortal y seguían cayendo nuevas bombas, nuevos proyectiles.

Los efectos de la radioactividad comenzaban a sentirse en el Pacífico.

China y Japón eran sólo montones de escombros.

El «Sud-Pacific», submarino propulsado por energía atómica emergió cerca de las costas australianas tratando de establecer contacto.

—No contestan —dijo el radio al comandante del buque.

—Esto es el fin, muchachos. Tenía que suceder.

No. Ya no había lugar seguro en el mundo.

Europa entera era una llama viva. ¿Qué quedaba del Parlamento de Londres?

La barrera que tantos años había separado a Berlín, ahora era puro escombro. Al fin los habitantes de uno y otro lado se habían unido para siempre, para toda la eternidad.

A muchos kilómetros de distancia de la Tierra, podía verse la masa compacta de humo, fuego, destrucción. Era como un juguete de un niño que un grupo de personas mayores, desalmadas, lo hubiera destruido.

El mar también quería sumarse. Mangas de agua, tifones…

Un espectáculo que ni Dante hubiese podido soñar.

Y los volcanes. No quedaba uno solo que no hubiese entrado en erupción.

Una fuerza irresistible empujaba hacia la Tierra a los aviones que habían contribuido al fin.

Todo se estremecía… Poco a poco un extraño silencio invadía el planeta Tierra. Y como si de pronto hubiese perdido la fuerza magnética que la mantenía flotando en el espacio, perdió su estabilidad.

Cayó vertiginosamente hacia un abismo sin fin. Más tarde tal vez chocaría con algún otro planeta. Se desintegraría. Debía ser así, porque aquello era el fin.

—Sí. El fin…

El fin…

* * *

El mayor Alan Rutherford seguía mirando a través del visor de la cápsula *Inter-I* la «cápsula de la amistad».

—Se acabó —dijo simplemente.

Los cuatro hombres, desprovistos de las escafandras, se sentaron en sus respectivas sillas. Estaban anonadados. Habían perdido el habla.

Fue Jean quien rompió el silencio.

—¿Tendrá algún significado que precisamente nosotros cuatro seamos los únicos supervivientes?

Dimitri, el ruso miró un momento a Jean y luego a sus compañeros.

—Es tontería buscar significados ocultos. Aquí estamos y lo que debemos hacer es intentar sobrevivir. Lo cual no va a ser fácil.

—¿Crees en Dios, Dimitri? —preguntó Alan.

—¿Qué te hace suponer que no? ¿Porque soy ruso?

—Yo no supongo nada. Te hice una pregunta.

—Sí, Alan. Siempre he creído en Dios. Las creencias es algo que nadie puede prohibir. Se llevan dentro.

—Me alegro —replicó Alan.

Robert, el americano que ostentaba la jefatura de la cápsula intervino.

—Creo que deberíamos rezar una oración. No importa si seguimos vivos por mucho tiempo, no importa que lleguemos a Novo o vayamos a reunimos con los demás. Ahora estamos vivos, y

tenemos una misión que cumplir.

Fue una oración silenciosa. Por los muertos de cada uno, también para implorar perdón de sus culpas y pedir una luz…

Su caso era extraordinario, insólito. Eran los cuatro únicos supervivientes del fin del mundo.

Pero… ¿Por mucho tiempo?

—Ya ningún ser humano puede ayudarnos —dijo Robert.

—Hasta el momento no hemos tenido complicaciones —significó Jean—. Si todo sigue igual, llegaremos a Novo dentro de cinco días…

—Aquí los días o las noches no cuentan —adujo el ruso.

—Pero seguimos contando las horas. Hace treinta exactamente que despegamos de la base —replicó el americano—. Y es nuestra única guía.

Cada cual se entregó a la comprobación de los respectivos aparatos a su cargo.

—¿Se dan cuenta? —dijo de pronto el inglés—. Ahora ya no pertenecemos a ningún país.

—Somos ciudadanos del espacio —agregó Jean con cierta sonrisa amarga.

—Quizá pronto lo seamos de Novo. —Dijo el ruso.

—¿Habrá alguien… «allí»? —preguntó como si hablara consigo mismo, el mayor Robert Salters.

—Yo preguntaría más bien —concluyó Rutherford—: ¿Qué es lo que nos espera allí?

CAPÍTULO II

—¡Miren! —exclamó Alan.

Jean fue el primero en saltar de su asiento y mirar por el visor.

—¡La Luna! —dijo el francés.

En efecto. Ante ellos y a un tamaño infinitamente mayor de lo que puede verse en cualquier telescopio, el ex satélite de la Tierra estaba ante ellos.

—No me gusta esto —dijo Salters—. Nos estamos acercando demasiado.

Dimitri comprobaba un complicado plano.

—Creo que nos hemos desviado. Si esto es exacto, no tardaremos en entrar en su órbita.

—Tenemos que impedirlo —dijo el mayor británico—. Salir de su zona de atracción, sería un gasto inútil de combustible y podemos necesitarlo.

—No estaba previsto un alunizaje —observó Jean—. De todos modos podríamos emplear los cohetes propulsores destinados al viaje de retorno.

—Hay que variar la ruta a toda costa. Estos cohetes pueden hacernos falta.

Robert Salters ocupó su puesto.

—Tenemos oxígeno suficiente.

—¿Qué intentas? —preguntó Jean.

—Cortar la entrada y dejar la cápsula sin propulsión.

—Flotaremos en el espacio.

—Esto quizá consiga modificar nuestra ruta.

—Si no lo consigue ya podemos prepararnos a agarrarnos a los mandos porque iremos de cabeza a la luna.

La chispa propulsora dejó de fluir. La cápsula, perdió unos

segundos la estabilidad, para flotar a merced del espacio sin fin.

—No conseguiremos nada —dijo Dimitri al cabo de unos minutos.

—Hay otra solución —apuntó Jean.

—¿Te refieres a… salir? —preguntó Alan.

—Exacto.

Hubo un momento de vacilación. Alan pulsó nuevamente el contacto.

—Dentro de cinco minutos entraremos en la órbita lunar. Date prisa, Jean.

El francés se deslizó por la escalerilla hasta la planta superior de la cápsula y de allí sacó un pequeño balón de oxígeno.

Salters, de nuevo con los propulsores en marcha trataba inútilmente de mantener la ruta.

—Has perdido dos minutos, Jean —dijo.

Era necesario mantener la marcha para evitar el estado de ingravidez, al menos hasta que Jean hubiese salido de la cápsula; pero, al mismo tiempo, cada segundo transcurrido los acercaba a la zona de atracción de la luna con el peligro consiguiente.

—Abre las compuertas, Alan —dijo el francés.

Rutherford accionó el botón.

—Tres minutos, Jean —señaló Robert.

—Corta el combustible —pidió éste.

De nuevo la cápsula flotó sin rumbo.

Jean salió provisto de las botas especiales que le mantenían clavado en la superficie de la cápsula. En sus manos el pequeño balón de oxígeno había dejado de ser una carga. Podía moverlo libremente a su antojo sin sujetarlo.

Alan abrió el visor. Jean se había colocado en la «proa» de la cápsula, la que sujetaba con una cuerda que a su vez unía al pequeño balón.

—Listo —dijo con un movimiento.

Alan cerró las compuertas, mientras Jean abría la válvula del balón.

Montado sobre el pequeño balón, como un jinete del espacio, ayudado por el oxígeno que actuaba de carburante, el francés conseguía arrastrar la nave espacial, alejándola de la órbita lunar.

Dimitri comprobaba la distancia.

—Tres grados.
Alan hizo una seña indicando a Jean que continuara.
—¡Cuidado! Se desvía…
Robert hizo una seña.
Jean soltó más gas.
La pesada cápsula, como si fuera un simple algodón, seguía remolcada.
—Cinco grados.
—Un poco más y ya estaremos.
—Propulsor a punto —dijo el ruso.
—Sí. Ya está.
El americano hizo una seña.
—¡Listo!
Jean cortó la cuerda y se apresuró hacia la entrada de la cápsula.
Ayudado por Alan entró, en el momento en que Robert tomaba nuevamente el mando del vehículo espacial y Dimitri cerraba las compuertas.
—¿Qué tal? —preguntó Jean quitándose la escafandra.
—En seguida lo sabremos —replicó el americano.
—Seguimos a seis grados —informó Dimitri.
—¿Velocidad?
—Normal.
—Entonces vamos bien.
—¡Lo conseguimos! —sonrió Jean.
Alan miró por el visor. La imagen de la luna se desplazaba hacia un lado. Al fondo, casi en línea recta una gran mancha redonda comenzaba a destacarse. Apenas podía ser perceptible debido a su color pálido, al mismo color azulado del espacio.
—¿Novo? —inquirió Alan.
Dimitri miró un momento y luego consultó con los planos.
—Casi me atrevería a jurarlo.
—No tardaremos en entrar en la zona de influencia.
—¿Qué hora es? —preguntó Jean.
—En la Tierra ahora serían las siete de la tarde del día… —pensó un momento—… veinte de abril de…
Se interrumpió. Todos los ojos se habían vuelto hacia él…
«En la Tierra…».

Durante aquellos días, atareados en la tripulación de la nave, sin haber olvidado la realidad, sí la habían alejado de su recuerdo y ahora volvía con toda su magnitud…

«En la Tierra…».

Algo que ya no existía. Costaba hacerse a la idea, pero ahí estaba la realidad…

—Bueno… Creo que los relojes no van a servirnos de mucho en Novo —dijo Dimitri.

Jean asintió.

—He preguntado una tontería. No importa ni la hora ni el día.

No. Sólo importaba lo que iban a encontrar en aquel nuevo planeta que tenían casi al alcance de la mano.

La cápsula entró en órbita poco después.

Los cuatro hombres se aferraron a los mandos, dentro de pocos minutos, pisarían el nuevo Planeta.

CAPÍTULO III

—¿Veis algo?

Los cuatro estaban pegados al visor tratando de descubrir algún punto vital en la vasta superficie.

—Parece que hay niebla.

Sí. Una extensa niebla hacía más desértico el arenoso paraje sobre el que la cápsula se había posado, después de haber sacado su tren de aterrizaje compuesto de dos pequeñas torres de acero que la dejaban sobre el suelo en posición vertical, tal y como habían despegado y a punto por tanto para su puesta en marcha.

—Antes de salir —observó Robert—, bajaré el cohete.

Dimitri ya manipulaba en los mandos.

La panza de la cápsula, correspondiente a la planta inferior se abrió dejando paso a un tubo que descendió lentamente. Dentro, el cohete que debía propulsar el despegue quedaba listo para ser usado.

Cerraron el visor.

—Hay que salir —dijo Jean.

Los cuatro hombres se colocaron las escafandras. Alan pulsó el mecanismo que abría las compuertas.

Cada uno llevaba un breve equipo con las cosas que en la «Tierra» habían sido consideradas como más necesarias. No faltaban rifles automáticos y lanzallamas. Éstos últimos corrían a cargo de Robert y Jean, mientras Alan y Dimitri eran los portadores de los fusiles.

Robert, como comandante del grupo fue el primero en descender por la escalerilla plegable. A continuación lo hicieron el ruso, el francés, cerrando la marcha Alan Rutherford.

Escudriñaron el vasto campo que se extendía a los cuatro

costados. La densa neblina seguía dificultando la visibilidad y limitando el horizonte. Sin embargo éste se adivinaba muy amplio, dilatado…

Alan tuvo un recuerdo para su Londres. Allí la niebla a veces era mucho más densa… Pero ya nunca más podría verlo.

—Tendremos que esperar a que escampe —dijo el americano.

—Sí, será mejor.

Tras dar unos pasos por la arenosa superficie, se sentaron cerca de la cápsula.

Dimitri se quitó la escafandra.

—Veamos si la atmósfera es respirable.

Los demás aguardaron.

Dimitri, ya sin la escafandra, respiró.

Una ligera brisa azotó su rostro. Sonrió.

—Se diría que estamos en pleno verano. El aire es cálido.

En seguida los otros tres descubrieron sus rostros.

—Es verdad —dijo Jean después de respirar el aire de aquel mundo desconocido—. La atmósfera es parecida a…

Se interrumpió, nuevamente la sombra de la catástrofe quitaba alegría al hecho de pisar lo desconocido, de ser los primeros hombres de la Tierra que llegaban con vida a otro planeta.

Alan cortó los pensamientos del grupo.

—De momento sabemos que es posible prescindir de toda la impedimenta. Esto nos dará mayor agilidad.

Subieron a la cápsula para cambiar sus ropas. Debido a la temperatura optaron por utilizar pantalón y camisa. Cualquier otra prenda resultaba calurosa. Lo que sí cargaron fue el equipo. Cabía estar prevenidos.

—No hay duda de que reciben luz solar —hizo notar Dimitri.

—A juzgar por la luz, debe de ser por la mañana.

—Sí… Habrá amanecido unas cuatro horas antes de nuestra llegada.

Jean dio unos pasos en línea recta y sacó una brújula.

—Parece que la niebla va disipándose. Veamos si la brújula indica algo.

Alan se acercó.

—Sí —comentó—. Funciona.

—Veamos la situación para fijarla en el mapa —dijo Alan.

Jean señaló un punto con el índice.

—Allí está el norte.

Dimitri tomó unas notas según las indicaciones de Alan.

—Esto es inmenso —comentó el francés.

La niebla había retrocedido bastante ensanchando el horizonte.

—Creo que ya es hora de aventurarnos —comentó Robert—. Ahora ya sabemos la situación y la visibilidad es mucho mejor.

Dimitri se agachó un momento recogiendo un puñado de arenilla fina.

—Tras esa capa el suelo es duro, como si fuera roca viva.

La niebla desapareció casi por completo en el horizonte, no así en lo alto.

La claridad —suponían del sol— seguía alumbrando, pero el cielo permanecía totalmente cubierto por la misma neblina que antes envolvía la superficie.

El horizonte no parecía tener fin.

—Esto parece un desierto —dijo Robert.

—Es lo que estaba pensando.

—Pero todo no es igual, desde la cápsula se veían montañas… y ríos.

—Tal vez esto esté a miles de kilómetros. No será posible recorrerlos a pie.

—Pues no hay otro sistema.

—¿Y si utilizáramos los cohetes de emergencia? —preguntó Jean—. Podríamos desplazamos a otro lugar empleando la cápsula como si fuera un avión. Con un par de ellos tendríamos suficiente para elevarnos, luego se puede tripular normalmente.

—Un momento —pidió Robert.

Sacó sus potentes prismáticos y comenzó a mirar en todas direcciones.

—Vale más ahorrar hasta el máximo. Veamos si consigo descubrir algo.

Alan hizo lo mismo que Robert.

—¿Te has fijado en aquello? —Y señaló hacia un punto.

—Parece una montaña.

—Y está más cerca de lo que parece.

—¡Claro! Esa uniformidad de color dificulta la visión.

—Sin embargo, esa arena parece normal.

—Pero, vista a distancia, cambia el tono. ¡Vamos! No puede estar muy lejos.

—En el macuto llevamos provisiones para una semana. Supongo que serán suficientes.

Jean se había detenido señalando algo que brillaba en el suelo, a unos tres o cuatro metros.

—¿Qué es aquello?

Se acercaron.

Era una especie de aro sujeto a la piedra, bajo la capa de arena, por una argolla.

—Parece una entrada subterránea.

Dimitri apartó la arena, dejando al descubierto un cuadrado rocoso separado por un pequeño resquicio.

—No hay duda de que esto se abre.

—Pues ¿a qué esperamos?

Jean tiró de la anilla para levantar el bloque, pero no pudo conseguirlo.

—Está muy fuerte.

—¿No fuiste campeón de levantamiento de pesos?

—¡Vamos! Ayudadme.

El ruso se colocó a su lado, para sujetar la anilla.

Tiraron entre los dos.

—Es imposible.

Los cuatro no tenían suficiente espacio para agarrarse.

—Hay que hacer palanca. En la cápsula hay herramientas.

La cápsula estaba a unos trescientos metros. Jean corrió en busca de lo necesario.

Regresó poco después con un machete y un martillo.

—Esto puede servir.

A golpes de martillo introdujeron el machete per la ranura y luego trataron de forzar la tapa de piedra.

—Parece que cede.

—Hay que seguir intentándolo.

Tras nuevos tanteos, la tapa volvió a moverse ligeramente.

—Hay que sacar el machete.

Después de muchos esfuerzos, lo consiguieron.

—Ahora ya está libre. Tirad de la argolla.

Fue Jean quien lo intentó nuevamente.

—Pesa —dijo—, pero se mueve.

Como si se tratara de la losa de una tumba, comenzó a levantarse. Robert ayudó.

Cuando la gruesa piedra estuvo fuera de sus correspondientes resquicios que la sujetaban, quedó al descubierto un oscuro pozo.

—Una linterna —pidió Robert.

Dimitri buscó en su equipo.

—Aquí está.

El americano enfocó la luz hacia abajo.

—Tiene unos cinco metros de profundidad y esto está hecho por la mano del hombre.

Alan y Dimitri se habían inclinado para mirar.

—Parece que hay una entrada lateral, al fondo.

Robert enfocó la luz hacia donde indicaba el ruso.

—En efecto.

—Es como una especie de pasadizo subterráneo.

—¿Y quién habrá construido esto en un desierto?

—De momento veamos hacia donde conduce.

—No bajemos todos a la vez —advirtió Robert—. Dos se quedarán fuera.

Alan Rutherford y Dimitri fueron los primeros.

Robert y Jean quedaron fuera y sujetaron por medio de cuerdas al inglés y al ruso.

Alan iba delante. Tiró de la cuerda para indicar que ya había llegado. Dimitri le siguió. Luego soltaron la cuerda.

El ruso llevaba un pequeño transmisor consigo. Jean tenía otro para captar los posibles mensajes.

El francés quiso comprobar el aparato.

—¿Puedes oírme, Dimitri?

—Como si estuvieras a mi lado —replicó la voz del ruso.

—¿Veis algo ahí dentro?

—Esto parece un pasadizo sin fondo. La luz de la linterna se pierde al final.

Robert tomó el transmisor.

—Oye Dimitri. Mucho cuidado.

Siguieron un par de minutos de silencio. Los dos hombres seguían adentrándose por el estrecho túnel.

Fuera Jean y Robert esperaban tensos.

—¿Algo nuevo Dimitri?

—Llevamos recorridos cincuenta metros. El túnel sigue.

Nuevo silencio.

Nueva espera.

Otros dos minutos.

—Habla, Dimitri.

—Calculo un centenar de metros desde la entrada. Ninguna novedad. Esto no tiene fin.

Jean iba a cerrar, pero la voz del ruso se lo impidió.

—¡Espera! Se ve algo.

—¿Qué es, Dimitri?

Se escuchó la voz del mayor Rutherford.

—Aguarde. Yo iré.

—¿Qué pasa por ahí abajo? ¿Qué es lo que han visto? —preguntó Robert.

—Un poco de calma, Robert, todavía no estamos seguros.

—Oiga, Dimitri.

De nuevo la voz del ruso se escuchó pero no para hablar con los de fuera, sino para gritar:

—¡Alan! ¡Alan! ¡Rutherford!

—¿Qué diablos ocurre aquí abajo?

—No lo sé, Robert, y voy a averiguarlo. ¡Alan! ¡Alan!

—¡Contesta, Dimitri! ¿Qué habéis visto?

Silencio.

Jean y Robert se miraron.

—Insiste, Jean…

—Dimitri, por Dios. ¿Qué os ocurre?

¡Click!

Sonó un chasquido como si el ruso hubiese cerrado la radio.

Jean insistía.

—¡Dimitri! ¿No me oyes?

Silencio.

—Es inútil, Robert… No hay contacto.

El americano tomó nuevamente el transmisor.

—Por última vez, Dimitri… ¡Habla!

—No te esfuerces. No hay contacto.

—Algo ha ocurrido allá abajo. ¡Vamos!

Robert sujetó la cuerda a la argolla de la losa y comenzó a

deslizarse.

Jean le siguió. Poco después ambos estaban frente a la oscura entrada del túnel.

¿Qué encontrarían allí dentro?

CAPÍTULO IV

—Llevamos recorridos unos setenta metros —dijo Jean.

Robert enfocó la linterna camino adelante. Nada a la vista.

—Dimitri dijo que estaban a unos cien metros aproximadamente. Pronto sabremos qué ha ocurrido.

El túnel tenía la altura aproximada de sus cabezas, al menos de la de Robert que era el más alto y la anchura suficiente para pasar dos hombres, no obstante el mayor abría la marcha. Ambos caminaban con cierta precaución.

El haz de luz de la linterna del americano enfocó un momento el techo. Bajaba un poco. Robert tuvo que bajar la cabeza y Jean también.

—Cien metros más o menos —señaló el francés.

—A partir de aquí es donde les perdimos.

—¡Mira! —indicó Jean señalando al fondo.

Había como una especie de puerta metálica que obstruía el paso.

—Eso es lo que debió de ver Dimitri. Tengamos cuidado.

Robert intentó avanzar apagando la linterna, pero la oscuridad impedía por completo ver nada.

Se detuvieron de pronto al oír como si alguien tosiera.

El mayor volvió a encender.

—¡Allí, cerca de la puerta!

Se acercaron.

El pasadizo se ensanchaba por ambos lados formando un pequeño recodo.

Dimitri estaba en el suelo medio inconsciente.

Se inclinaron hacia él.

—¡Dimitri! ¿Qué ha pasado?

—¿Y Alan?

Antes de que pudiera contestar Jean aspiró profundamente.

—Robert… Ese olor…

—Sí…

Tosió un poco.

—Parece gas.

Dimitri volvió a toser…

—Siento náuseas. Necesito respirar.

—¿De dónde sale ese gas?

—No sé… —replicó Dimitri reponiéndose—. De pronto sentí ese olor… Me desvanecí.

—¿Y Alan?

—Cuando le vi por última vez estaba en la puerta. Y señaló la plancha metálica.

—¿Entró?

—Supongo… No lo sé. No pude ver nada.

Jean volvió la cabeza mientras enfocaba su linterna hacia la parte del techo.

Habían como unos pequeños agujeros circulares.

¡De allí salía el fluido aeriforme!

—Salgamos de aquí. ¡Deprisa!

Ayudaron a Dimitri y corrieron protegiéndose el olfato.

Poco después, jadeantes llegaban al tragaluz. Al fondo del pozo.

—Hay que ir en busca de las escafandras —dijo Robert—. Luego volveremos para buscar a Alan.

Utilizando la cuerda salieron del subterráneo y se dirigieron a la cápsula.

Allí se vistieron los trajes espaciales.

Pero, al salir, algo inesperado les aguardaba.

Los tres hombres se miraban. Casi resultaba obvio todo comentario.

—¿Qué clase de fenómeno puede ser…? —preguntó Jean.

—Desconocemos por completo todo lo que se refiere a este planeta —observó Dimitri.

Robert permanecía callado mirando en derredor.

¿Qué ocurría?

Algo insólito.

De pronto había empezado a oscurecer. En breves momentos, una noche negra se cernía sobre el extraño desierto. Y aunque por

los trajes aislantes no podían notarlo acababa de levantarse un viento que alzaba la fina arenilla.

Dimitri, quitóse un momento la escafandra.

—La temperatura es helada. Igual que si hubiésemos pasado de pleno verano a pleno invierno.

—Bueno… Esto no nos impedirá averiguar qué ha podido sucederle a Alan.

Y los tres corrieron hacia la entrada del túnel.

Poco después Robert y Jean se deslizaban por la cuerda.

—Ahora, quédate fuera, Dimitri —había ordenado Robert.

—Con la escafandra no habrá peligro.

—Siempre es mejor que alguien vigile. Te informaremos por la radio. Supongo que todavía funciona.

—Eso espero.

Funcionaba.

Establecieron contacto cuando el francés y el americano habían caminado los primeros metros por el túnel.

Al llegar donde el túnel perdía altura, comprobaron que el gas había dejado de fluir.

En el ánimo de los dos hombres estaba la idea de que «aquello» no era obra de la atmósfera de Novo. Allí «alguien» había construido el túnel y también «alguien» debía de haber abierto una espita para soltar el gas.

Se detuvieron frente a la puerta.

Jean puso el transmisor en marcha.

—Estamos frente a la plancha metálica. Intentaremos entrar.

—¿Puedo bajar? —preguntó la voz del ruso.

Robert negó con la cabeza.

—Robert dice que no. Sigue donde estás.

La puerta estaba cerrada herméticamente sin que se adivinara el menor resquicio por donde poder abrirla.

—Hay que echarla abajo —dijo Robert.

Repiqueteó con los nudillos. Jean hizo lo propio.

Los dos hombres se miraron.

—Parece hierro… o algo similar.

—¿Sabes cómo fundir el hierro?

Jean encaró el lanzallamas hacia la plancha.

—Si es hierro, se fundirá en seguida.

Accionó el arma y el chorro de llamas atacó la plancha.

Nunca supieron si habrían conseguido fundir la puerta o no.

Ésta comenzó a levantarse hacia arriba como impulsada por algún mecanismo que «alguien» debía de manipular en el interior.

Jean dejó de accionar el arma.

La puerta metálica siguió subiendo, subiendo, hasta dejar al descubierto la entrada.

Al otro lado había luz. Una luz tenue que permitía ver claramente…

No había nada absolutamente anormal, nada excepto algo que ni Robert, ni Jean hubiesen podido suponer jamás.

Se miraron sorprendidos y volvieron sus ojos hacia dentro.

Allí frente a ellos estaba…

CAPÍTULO V

—¡Robert! ¡Jean!

Nadie contestaba a las repetidas llamadas de Dimitri.

«Yo no espero más» —se dijo.

Iba a descender por el pozo, pero reflexionó de nuevo.

«Si hay alguien debajo… Si este planeta está habitado por seres extraños, es lógico que se muestren hostiles…».

Reflexionó unos instantes más, mientras enfocaba su linterna barriendo el suelo con la luz.

«Si mis tres compañeros corren algún peligro,… yo puedo caer en la misma trampa; por tanto vale la pena pensar bien el modo de poder ayudarles eficazmente».

Seguía recorriendo el suelo. El viento había limpiado de arenilla una buena parte de la superficie.

«Siguiendo la línea del túnel es posible que hayan otras entradas secretas».

Se levantó y recorrió en línea recta siguiendo la trayectoria del pasadizo. Se detuvo a unos cien metros. Luego siguió unos cuantos pasos.

«Más o menos la puerta metálica está por aquí».

Siguió andando buscando con la mirada el indicio de otra posible entrada.

«Doscientos metros —calculó mentalmente—. Y nada…».

Se detuvo un momento y pulsó nuevamente el transmisor. No emitía señal. Llamó.

—¡Robert! ¡Jean!

Sin respuesta.

Anduvo otros cien metros.

Buscaba todas las posibilidades, todas las combinaciones

posibles que hubiesen podido ser empleadas al construir aquel túnel.

«Tal vez…».

Se le había ocurrido una nueva idea.

Volvió al punto de partida y comenzó a andar en sentido horizontal a la entrada, formando ángulo recto.

El suelo, despejado de arenilla, era como una pista lisa de roca. Cualquier argolla que sujetara una losa sería visible en seguida.

Calculó que habían andado por lo menos un kilómetro, cuando optó por desistir.

«Lo intentaré por el otro lado».

Se quitó la escafandra para comprobar la temperatura. El viento seguía siendo helado.

Una ráfaga se la llevó de sus manos. El viento empujaba en dirección sudeste. Dimitri corrió en pos de su escafandra que se alejaba empujada por la fuerza del viento.

En aquellos momentos no se daba cuenta de que corría en sentido oblicuo a la entrada de la cueva.

Al fin consiguió hacerse con ella.

Al inclinarse para recogerla sus ojos se agrandaron. Acababa de descubrir lo que tanto había estado buscando.

¡Otra argolla!

Buscó la brújula en su macuto.

Con ella comprobó el emplazamiento, observando la disposición totalmente oblicua en relación al primer pozo.

Necesitaba de nuevo el machete que había quedado junto a la otra abertura.

Temió no saber encontrar el camino o perder demasiado tiempo en buscarlo. Pero tenía la solución.

En su macuto guardaba un frasco metálico que formaba parte del equipo. Estaba tapado a rosca. Dentro había un líquido incoloro a la luz de la linterna, pero apartando ésta el líquido tenía un resplandor muy brillante.

Pintura fosforescente.

Untó bien la argolla y comprobó al alejarse que pese a la oscuridad era perfectamente visible.

Guardó el frasco en el macuto y corrió en busca del machete y el martillo.

Poco después regresaba para proceder a la apertura de la losa.

Estaba tan fuerte como la primera y no tenía a nadie que le ayudara, pero era necesario abrirla.

Dimitri estaba convencido de que utilizando otra entrada podría hacer más por sus amigos que siguiendo la misma ruta que ellos. Quienquiera que hubiese podido atacarlos, tal vez ya estaba informado de que eran cuatro y por lo tanto le estaba esperando.

Él surgiría por otro camino. Podía ser una ventaja…

* * *

No. Ni Robert ni Jean esperaban ver en Novo lo que tenían ante sus ojos.

Se miraron sorprendidos y anduvieron hacia dentro.

Frente a ellos estaba…

Una mujer.

Nada en ella parecía diferenciarla de sus congéneres de la tierra, cuando ésta existía. Aparentaba ser joven. Veinticinco años tal vez. Su cabellera era larga, sin adornos, suelta, con una ligera ondulación natural. Sus ojos grandes, azulados. Había firmeza en su mirar, corroborada por la simétrica barbilla. Sus rasgos eran, sin embargo perfectos. Era una mujer hermosa y aquel rictus entre misterioso y asustado acentuaba su belleza natural.

El vestido difería de lo usual en una mujer. Cubría su cuerpo con una especie de mono perfectamente ajustado, que realzaba sus formas. La ropa era una especie de cuero negro, que daba la sensación de elasticidad. El cuello alto.

Los zapatos eran similares a zuecos, pero no de madera, sino de la misma materia y color que su vestimenta y perfectamente ajustados a sus pies, ni muy grandes ni muy pequeños.

La mujer miró a los dos hombres largo rato.

—¿Comprende nuestro idioma? —preguntó Robert en inglés.

Jean repitió la pregunta en francés.

La muchacha siguió impasible, silenciosa.

Los conocimientos políglotas de los dos astronautas se pusieron de manifiesto al efectuar en otros varios idiomas la misma pregunta.

Ni ruso, ni español, ni latín, ni griego, polaco, etc.

—¿Una habitante de este planeta? —preguntó Jean a Robert.

—Eso parece, pero hay que hacerle comprender que venimos en son de paz, que no queremos hacerles ningún daño, ni deseamos recibirlo tampoco.

—Creo que esto va a ser difícil.

Echaron una ojeada al lugar.

Era una muy amplia estancia, desnuda de cualquier clase de mueble u objeto. Las paredes sin embargo estaban recubiertas por láminas del mismo material a la plancha que cubría la entrada. Sólo al fondo había otra plancha similar y sobre ella una especie de ventana cubierta también de la misma materia.

Jean trató de avanzar hacia la muchacha.

Ella extendió los brazos oblicuamente como queriendo indicar que no podía pasar.

Un ruido apenas perceptible hizo volver a los dos hombres. La plancha metálica volvía a bajar tras ellos, cortando la entrada.

Robert hizo intención de volver atrás.

—No —dijo—. De cualquier forma Alan está ahí y hemos entrado para saber lo ocurrido.

Cuando la puerta se hubo cerrado, al otro lado se abrió la ventanilla. Había luz dentro.

Una voz, bien timbrada y aumentada con la ayuda de un micrófono y amplificador, resonó en todo el ámbito.

Hablaba un lenguaje extraño.

Dijo únicamente tres palabras.

Ni Robert ni Jean comprendieron absolutamente nada. Aquello no era una lengua corriente.

La muchacha se hizo a un lado al tiempo que extendía la mano señalando la puerta del fondo que comenzaba a abrirse lentamente también hacia arriba.

Jean al pasar por delante de la mujer, se detuvo un momento y la miró fijamente a los ojos.

Ella no pestañeó. Seguía impávida, ausente.

—Parece una autómata —dijo.

—Como si estuviera hipnotizada.

—Sí.

La observó más fijamente.

—Parece que ni siquiera nos mira.

—Sigamos, Jean… No podemos hacer otra cosa.

Avanzaron hacia la puerta. La muchacha les siguió.

Al otro lado se encontraron con una sala de parecidas dimensiones, pero allí sí había objetos.

Adosados a una de las paredes, cuatro grandes cajas metálicas, rectangulares y con las dimensiones justas para contener una persona dentro de cada una de ella estaban custodiadas por cuatro hombres.

—Fíjate en esos individuos —dijo Robert.

Jean asintió.

—Tienen la misma expresión que la chica.

También su vestimenta era similar, si bien por su porte y su complexión física descubrían su cualidad de varones.

Al otro lado y tras una mampara de cristal se sentaba un hombre. Frente a él una mesa de cobre sobre la que podía verse un complicado tablero con abundantes botones, palancas, pulsadores, etc. A su espalda una especie de plano iluminado parecido a los que tienen las comisarías de policías. Podía ser el croquis de una ciudad.

A ambos lados del hombre, otros dos individuos, en posición estática, en pie. Lejana la mirada, sin el más leve pestañeo en sus ojos.

Nada más, ninguna silla, ningún adorno, todo frío, irreal, e iluminado por una extraña luz rojiza.

Tampoco había más puerta que la que habían utilizado, al menos ninguna puerta visible.

El hombre de la mesa pulsó un botón y la entrada quedó cerrada. La plancha ajustó de tal modo que daba la sensación de que la sala careciera de aberturas por donde salir.

La muchacha seguía tras los dos astronautas.

Éstos avanzaron hasta la mampara o pared de cristal que aislaba al hombre que había tras la mesa.

Éste vestía exactamente igual a los demás con excepción del color. El suyo era rojo.

—Usted tampoco entenderá nuestro idioma, claro —dijo Robert.

La voz del hombre resonó por la estancia. No cabía la menor duda de que estaba llena de altavoces, cuya vibración producía eco, haciendo más irreal la situación.

Habló con el mismo lenguaje que había usado antes, puesto que

tanto Robert como Jean reconocieron la voz.

—¿Qué estará diciendo?

—Es lo que me gustaría saber.

El hombre sonrió. Luego cambió su lenguaje.

Jean seguía sin comprender.

Robert quedó un momento pensativo.

«Aquél idioma…».

El individuo repitió las mismas palabras.

Robert tradujo mentalmente.

«¿Me comprende ahora?».

—¿Le entiendes? —preguntó Jean.

—Quizá sea una coincidencia, pero…

Robert dijo algo en un idioma también desconocido por Jean.

—Es una especie de latín popular —aclaró Robert.

—Se le parece, pero… esas frases.

—No es la lengua clásica de los escritores del siglo de oro, ni la usual en el antiguo imperio romano. Es una especie de dialecto vulgar. No es mucho lo que conozco, pero intentaré arreglarme.

El hombre volvió a hablar.

—Insiste en saber si le entiendo —aclaró el americano.

Replicó que sí.

El hombre, siempre sin moverse, dijo:

—Su otro compañero no comprendía.

—¿Dónde está?

La conversación tenía lugar, siempre con el extraño lenguaje que Robert traducía a Jean.

—Pronto le verá.

—Oiga… Quiero aclararle una cosa… Nosotros no venimos a hacerles ningún daño.

—No podrían…

—Escuche… Nuestro planeta ya no existe. Se llamaba Tierra. ¿Ha oído hablar de ella?

—No sé de qué me habla.

—Bueno… Sabrá que existen otros planetas.

—¿Planetas?

—No sé cómo explicárselo. Me refiero a otros mundos. Tierra era uno de esos mundos. Nosotros veníamos a investigar.

—¡Austral!

—¿Austral? No le comprendo.

—Hay un planeta llamado Austral. Es el que nos envía la luz.

Robert tradujo a Jean.

—Se está refiriendo al sol… Será el nombre que le dan aquí, o tal vez el de un astro parecido que les da calor.

El hombre volvió a hablar.

—Nosotros nunca vemos a Austral. Pero existe.

Robert pensó en la neblina.

—¿Es por la niebla? ¿Siempre está ahí?

—¿Niebla? ¿Polvo azul?

—¿Le llaman polvo azul?

—Polvo azul impide ver a Austral, pero no obstaculiza el paso de su luz.

Robert avanzó.

—Oiga… ¿Por qué no quita este cristal? Tenemos mucho de que hablar. Ya que es posible entendernos, yo… nosotros.

—No se le ocurra tocar el vidrio.

—¡Ah! Bueno…

—Quédese donde está.

—¿Debemos considerarnos prisioneros?

El hombre sonrió.

—Ahora dependen de mí. Soy Amerko.

—Mi nombre es Robert. Mi amigo es Jean y el otro, el mayor…

—Luego hablaremos de su amigo.

Amerko cambió de idioma para dar una orden.

La muchacha, siempre como una autómata, se encaminó hacia la pared contraria a la que existía la puerta por la cual habían entrado los dos astronautas.

Amerko pulsó un botón y lentamente se abrió una plancha metálica dejando visible otra abertura, a través de la cual se adivinaba una sala parecida.

La puerta se cerró tras la chica.

—Esta chica parece hipnotizada —dijo Robert dirigiéndose a Amerko.

—¿Hipnotizada? No le entiendo.

—Yo hay muchas cosas que no comprendo. Ustedes son igual que nosotros, su complexión su aspecto… Usted habla, pero ellos…

—Ellos oyen. Es suficiente. Para obedecer es necesario oír. Son

perfectos.

—¿Perfectos?

—Hay muchas cosas que usted no puede comprender. En nuestro mundo también hay gente que no comprende. Necesitaban que alguien les demostrase la gran verdad.

—Escuche, Amerko… Si aquí hay seres vivos ¿dónde están? ¿Por qué no viven en la superficie? ¿Por qué cuando hemos llegado era pleno día y la temperatura era cálida y de repente…?

—No puedo contestar a la vez a todas sus preguntas, Robert… ¿Es éste su nombre?

—Sí. Lo pronuncia correctamente.

—Pues escúcheme, Robert. Cuando Austral desaparece llega el frío y la oscuridad. Cuando Austral reaparece vuelve el buen tiempo y la hierba crece en los prados…

—¿Prados, hierba…? ¿Dónde está eso?

—Nuestro mundo es muy grande, pero Austral está poco con nosotros. Cada dos períodos desaparece, por eso existe esta ciudad subterránea. Yo la construí. Aquí es posible vivir siempre en las mismas condiciones.

—Y… ¿Cómo calculan los períodos de tiempo?

—Fíjese en esto.

Amerko pulsó un botón, dejando al descubierto una especie de reloj con extraños números y una sola aguja.

—Un reloj —dijo Jean.

—Eso parece.

—La aguja —explicó Amerko— da cinco vueltas. Cada vuelta es un período. Durante cinco períodos existirán las tinieblas. Luego vendrán los dos períodos de calor.

—Ahora sólo falta saber cuánto tiempo dura uno de esos períodos —dijo Robert a Jean después de haberle traducido.

—Sospecho que tendremos tiempo sobrado de saberlo, porque ese tipo no me parece muy decidido a soltarnos.

—Por supuesto. Habla como un dictador. Como alguien que se cree superior.

—¿Qué habrá hecho con Alan?

—Ha dicho que luego hablaríamos de él. No tenemos más remedio que seguirle la corriente.

Amerko les interrumpió.

—Si están tramando algo para liberarse pierden su tiempo.

—Oiga, Amerko… Eso quiere decir que estamos prisioneros. Nosotros no hemos hecho nada.

—Ya he visto los artefactos que llevan.

Y señaló los lanzallamas que todavía tenían en su poder los dos astronautas.

—Sí. Son armas poderosas, Amerko, pero no pensábamos utilizarlas.

—Yo he visto que sí.

Y conectó una gran pantalla.

—Querían abrir la puerta con fuego.

—Hay una cámara de televisión o lo más parecido a ello, en el pasadizo —dijo Robert a Jean—. Sólo así pudo vemos.

Alzó la voz para dirigirse a Amerko.

—Teníamos que entrar. Perdimos a nuestro amigo… Además… En el túnel salía gas.

—Fluido para producir el sueño.

—Comprendo que, al ver desconocidos, intentara protegerse. Es natural, pero ahora ya nos conoce. No hay motivos para tratarnos como a enemigos, ni para retenernos.

—Esto tengo que decidirlo yo.

—Escuche, Amerko, ya le he dicho que venimos de un mundo que desgraciadamente ha desaparecido, no podemos volver. Pedimos hospitalidad. No tenemos otra opción.

Jean habló entredientes.

—No tendremos más remedio que hacerle una demostración de nuestro lanzallamas…

—Quizá él tenga algo peor.

—Bueno, pero no será invulnerable al fuego… No es que sea partidario de la violencia, pero no me gusta el tal Amerko, no, señor. Éste trama algo.

—Intentaremos llegar hasta el final. Por lo menos hasta averiguar lo que se propone… Al fin y al cabo tú y yo… y aun contando con Dimitri, ¿qué crees que podemos hacer en un mundo desconocido y con gente como Amerko?

—Sigue hablándole. Tal vez amanses a la fiera, aunque lo dudo.

Amerko se levantó.

—Ahora dejen sus armas en el suelo.

Robert vaciló.

—Será una demostración de sus buenos deseos —agregó el hombre.

El americano obedeció. Jean dejó también su lanzallamas.

Sólo conservaron su macuto.

Amerko dio una orden y uno de los hombres que habían estado impertérritos ante las cajas metálicas se acercó.

Con gesto maquinal recogió los dos lanzallamas y volvió a su puesto.

Amerko pulsó un botón y la puerta de la caja metálica que custodiaba el hombre se abrió.

Dio otra orden.

El hombre dejó las dos armas dentro y poco después la puerta volvió a cerrarse.

—Esas cajas parecen ataúdes —comentó Jean.

Eran de distintas alturas, como si en realidad fueran destinadas para personas de otras tantas medidas.

La que había sido utilizada para guardar los lanzallamas era la más pequeña.

La única arma que había quedado a los dos amigos, era el revólver que guardaban bajo el traje espacial.

Amerko manipuló una palanca y el cristal que había servido de valla transparente se corrió a ambos lados, deteniéndose justo para dejar paso a una abertura de dimensiones parecidas a las de una puerta normal.

—Ahora verán a su amigo —dijo Amerko.

Se volvió hacia la puerta y pronunció tres palabras en el idioma que Robert no comprendía.

Su voz, sin el auxilio del micrófono seguía siendo metálica, dura, sólo perdía la vibración, el eco.

Los dos astronautas se volvieron hacia la puerta por la que acababa de aparecer la muchacha de aspecto hipnotizado.

Jean y Robert se miraron aterrorizados. No por el aspecto de la extraña mujer.

Era por lo que seguía tras de ella.

—¡Dios mío! No… No puede ser —musitó Jean…

CAPÍTULO VI

A pesar del frío, Dimitri se había quitado la escafandra. Sus esfuerzos para abrir la losa le hicieron sudar, y aun con el rostro descubierto no sentía la menor molestia por la helada brisa de la oscura noche de Novo.

Haciendo un último esfuerzo consiguió tirar de la losa, que libre de la arenilla acumulada por el tiempo que había permanecido cerrada, cedió.

Bajo sus pies, se abría un pozo de características parecidas al que utilizara anteriormente.

Enfocó la linterna. Unos cinco metros. Todo igual.

Sujetó la cuerda a la anilla. La maciza baldosa servía de contrapeso.

Dimitri se sujetó la escafandra y, después de comprobar una vez más su equipo, sin olvidar el fusil automático, descendió por la abertura.

Abajo, entre las húmedas paredes se abría un largo pasadizo. Comenzó a caminar.

* * *

El potente foco iluminó el extenso desierto barriendo la superficie. Al fin se detuvo enfocando la cápsula espacial en la que habían llegado los cuatro últimos supervivientes del planeta Tierra.

Bajo el oscuro cielo de Novo, suspendido en el aire, un extraño artefacto había detenido su marcha sobre la cápsula. Y era de la panza de ese artefacto del que emanaba la potente luz de un foco.

A simple vista el aparato podía tomarse por una variación de

helicóptero, por lo menos era lo más semejante, si bien estaba desprovisto de hélice y en cambio llevaba a los lados un par de tubos semejantes a flotadores de caucho, cuyos tubos, huecos por la parte trasera despedían chispas.

El aparato que ostentaba en uno de sus costados el nombre de «Galax 300» iba tripulado por un hombre que guiado por el foco, examinaba la cápsula. Tras el piloto y en un compartimento posterior otros dos hombres asomaban por la ventanilla.

En su lengua, el piloto preguntó:

—¿Qué es esto?

—Tal vez pertenece a Amerko…

—Entonces sólo puede ser un arma destructiva.

—Procura acercarte.

El piloto accionó los mandos y los flotadores desprendieron nuevas chispas, mientras el «Galax 300» perdía altura.

—Es extraño —comentó el piloto que había alcanzado una altura de unos cincuenta metros aproximadamente sobre la cápsula.

—Sí, muy extraño —comentó uno de los que ocupaban el compartimento trasero—. No hay nadie.

—Amerko siempre deja a uno de sus esbirros cerca.

El piloto accionó una palanca y el foco giró iluminando la superficie circundante.

—¡Allí! —señaló uno.

Habían descubierto una de las abiertas entradas del subterráneo.

La luz siguió buscando hasta descubrir la otra entrada que acababa de utilizar Dimitri.

—No hay duda de que algo preparan.

—¿Qué hacemos?

Por toda respuesta el piloto hizo descender el aparato hasta el suelo.

Los motores —silenciosos— permanecieron en marcha mientras los tres hombres descendían.

Su vestimenta aunque similar a la de los del subterráneo, difería en que el pantalón y la chaqueta lo formaban dos piezas. La materia de que estaba confeccionada la ropa parecía idéntica, si bien el color de la misma era distinto en los tres hombres. Tonos vivos, casi relucientes —verde, amarillo y naranja—. El pantalón ajustado a las piernas llegaba hasta los zuecos. La chaqueta ceñida también y del

mismo color que el pantalón concluía en la cintura. No usaban botones. La prenda se introducía por la cabeza y llegaba hasta el cuello, muy cerrada.

Avanzaron los tres hasta la cápsula.

—¡Fijaos! —dijo el piloto.

—Este artefacto es muy extraño.

Leyeron el nombre.

Inter-I.

—¿Qué significará esto?

—Está escrito en lengua extranjera.

—Amerko tendrá algo que ver, de lo contrario…

Para alumbrarse se servían de linternas sujetas en la parte frontal del gorro que cubría sus cabezas, similar gorro y linterna al usado por los mineros, pero su luz infinitamente más potente.

El piloto comenzó a avanzar hacia la entrada que había utilizado Dimitri.

—¡Cuidado, Laker!

—¿De qué podemos asustarnos ya?

Los dos hombres, tras una ligera vacilación, siguieron al piloto.

Avanzaron a pecho descubierto, sin ninguna clase de armas.

Al llegar a la entrada, Laker, el piloto, sacó otra linterna de su bolsillo. Parecía una linterna corriente, pequeña, pero la diferencia estaba en la luz potente que desprendía.

—Por esta cuerda ha bajado alguien.

Sus compañeros la examinaron.

Los astronautas habían utilizado cuerdas de nylon, algo que a los tres hombres extrañó profundamente.

—¿Qué clase de material es esto?

—No lo sé.

—Parece fuerte.

—Probaré —dijo el piloto.

Y comenzó a descender.

—Esto es meterse de lleno en la guarida de Amerko.

—Pero tenemos una ventaja sobre él. No nos espera.

Los dos hombres siguieron al piloto.

Una vez abajo, sacaron sendas linternas para enfocar el túnel.

La potencia de sus focos llegó hasta Dimitri. Éste había avanzado unos doscientos metros.

Se volvió sorprendido por la inesperada luz.

La escafandra impidió que se deslumbrara, aun así se sentía molesto.

—Hay alguien allí —gritó Laker.

Para Dimitri aquel extraño idioma era portador de un peligro…

Los tres hombres seguían hablando con un lenguaje extraño, al tiempo que corrían utilizando las lámparas en forma de zig-zag.

—¿Quiénes son ustedes? —gritó Dimitri.

Laker, al frente de los suyos seguía corriendo.

—¡Quietos! Esperen.

Sí, para Dimitri aquellos hombres eran enemigos en potencia. Seres de un mundo extraño que se precipitaban hacia él.

Los focos le impedían distinguirlos. Sólo sabía que había tres linternas y por tanto, al menos debía de haber tres hombres.

—Deténganse. Deténganse o disparo —exclamó preparando su fusil.

Nadie hizo el menor caso.

—No tengo más remedio. Puede que ésta sea mi tumba, pero debo defenderme.

Disparó procurando desviar el cañón hacia el techo.

«Esto tal vez les detendrá», pensó.

En efecto. El estampido dentro del pasadizo multiplicó su resonancia y los hombres se detuvieron.

Dimitri podía ver sus luces fijas, quietas.

Disparó otra vez.

—Atrás… Atrás.

Avanzó hacia ellos.

Laker se volvió a sus hombres.

—Viene hacia nosotros. ¡Mirad esto que lleva en la mano!

—Produce un ruido extraño.

—¿Quién puede ser?

—No tiene rostro. Lleva un extraño traje.

—Apagad vuestras linternas —decía inútilmente el ruso.

Disparó otras dos veces. Comprendía el efecto que las detonaciones había causado entre aquel trío.

—¡Es un esbirro de Amerko! —gritó el piloto y, al mismo tiempo, arrojó la linterna hacia Dimitri. Éste volvió a disparar.

Era un excelente tirador. La bala hizo añicos la lámpara.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó uno.

Casi al unísono los compañeros de Laker arrojaron sus linternas. El ruso disparó de nuevo alcanzando a ambas, pero uno de los disparos halló otro blanco.

Se oyó un grito y uno de los hombres cayó.

A despecho del peligro Laker se inclinó sobre su compañero.

—¡Lanco! ¿Qué te ha pasado?

—El hombro… Me duele… Tengo algo dentro. Es la cosa esa que maneja el extraño.

Dimitri estaba ya allí iluminando la escena.

Laker le miró.

Le preguntó algo que el ruso no entendió, pero sí comprendió que aquellos seres pertenecían al planeta.

Igual que antes hicieron sus compañeros con Amerko, trató de hacerse comprender utilizando todos los idiomas que conocía.

Fue inútil.

Sin embargo, observó con sorpresa que aquellos hombres no llevaban arma alguna.

Optó por inclinarse y examinar la herida del que estaba en el suelo.

Laker y su otro compañero ileso encendieron las linternas de su gorro que habían apagado al entrar en la cueva, iluminando así a Lanco.

—Hay que sacarlo fuera —dijo Dimitri. Y señaló la salida.

Los otros parecieron comprender.

Ayudaron al herido hasta el comienzo del túnel.

El piloto, haciendo alarde de singular fuerza, cargó con el llamado Lanco y utilizando la cuerda trepó hasta el exterior. Le siguió su compañero. El último fue el propio Dimitri.

No tenía opción. Quedarse dentro del túnel era como permanecer en una ratonera. Ignoraba si fuera había más hombres y qué intenciones tenían. Por otra parte el hecho de que no llevaran armas ni intentaran defenderse —aparte el gesto de arrojar las linternas— le daba cierta confianza. Por último había herido a uno y algo en su interior le decía que aquel hombre, al igual que los otros, era inofensivo, o al menos, así se lo parecía.

Una vez fuera buscó en su macuto, del que sacó un desinfectante

y un rollo de gasa esterilizada.

El piloto había desgarrado la elástica chaqueta del herido, dejando al descubierto el hombro.

A la luz de las potentes linternas la desgarrada carne del hombre era exactamente igual a cualquiera de los humanos. Nada le diferenciaba de sus compañeros. Sólo su lenguaje y su vestimenta le daban el carácter de «ser extraño».

Dimitri aplicó el desinfectante a la herida. Era solo un rasguño. La bala no había penetrado. Sólo desgarró la piel, aunque el corte, eso sí, era bastante profundo, sin interesar al hueso.

El desinfectante debió de escocer al herido, porque musitó una leve exclamación, luego Dimitri procedió a vendarle el hombro ante la extrañeza de los demás.

—Y ahora… —empezó Dimitri— daría cualquier cosa para que pudiéramos entendemos.

Laker le replicó algo, ininteligible.

Seguidamente le señaló la cápsula.

Dimitri asintió.

—Sí… Esto es mío… Y de mis compañeros, si es que todavía están vivos.

Luego el piloto señaló su «Galax 300».

—¡Vaya! Tú también tienes un chisme…

El piloto le hizo una seña para que le siguiera. Mientras el herido ya recobrado hacía lo propio.

—Me estáis pidiendo que os acompañe, ¿no es eso?

Y el ruso señaló hacia el «Galax».

Laker asintió.

—Lo siento. Mis amigos están en ese agujero. Y tengo que encontrarlos.

Laker insistió, señalando su especie de helicóptero.

Dimitri iba a decir algo, pero de pronto enmudeció. Tres potentes haces de luz descendían del cielo.

Eran otros tres artefactos voladores tipo «Galax».

No tardaron en posarse sobre el suelo rodeando la cápsula terrestre. Momentos después, nueve hombres hablando el mismo idioma corrían hacia Laker y sus compañeros.

Dimitri no tardó en verse rodeado por aquellos seres de llamativas vestimentas, que le deslumbraban con los potentes focos

de sus gorros.

Había agresividad en sus rostros, aunque el ruso no pudiera verles, pero lo presentía por el tono de su voz, aún sin comprender lo que decían…

CAPÍTULO VII

Jean y Robert se miraron aterrorizados. No por el aspecto de la extraña mujer. Era por lo que seguía tras ella.

—¡Dios mío! No… No puede ser posible —había musitado Jean.

Siguiendo a la muchacha-autómata iba Alan Rutherford. Iba en mangas de camisa, tal como había salido de la cápsula y penetrado por la entrada secreta.

Sus rasgos eran los mismos, todo igual excepto su mirada. Sus ojos tenían la misma expresión que los de la muchacha, que la de los demás hombres que obedecían sin pronunciar ninguna palabra las órdenes de Amerko.

—¡Alan! —exclamó Robert—. ¿Qué ha hecho usted de nuestro compañero?

Por toda respuesta Amerko dio una orden en su extraño lenguaje. La muchacha se hizo a un lado dejando pasar al comandante británico, que se plantó impávido ante sus dos compañeros.

—¡Alan! ¿Puedes oírme? —preguntaba Robert.

El mayor siguió con la mirada fija al frente, sin pestañear.

—¡Contesta, Alan! —gritó Jean.

Amerko sonriendo dio una orden que Alan debió de comprender perfectamente porque dio media vuelta y comenzó a andar lentamente hacia la puerta por la que había desaparecido.

—Lo ha convertido en un autómata. Pero… pero…

Jean no encontraba palabras para expresar lo que sentía en aquellos momentos.

Robert trató de serenarse.

Se dirigió a Amerko para decirle:

—Oiga, Amerko. Esto es demasiado. Dígame de una vez qué ha

hecho con nuestro compañero.

—Convertirlo en un ser perfecto. Tal como es ahora jamás podrá cometer un solo error.

—Sí, Amerko. Ya es un error obedecer sus órdenes. Usted es peor que un asesino. Anula la voluntad de los hombres. No sé de los métodos que se vale, ni me importa, pero si en este planeta todos los hombres y las mujeres son así, porque un loco las maneja a su antojo, prefiero morir.

—Morir… Nadie muere aquí, si yo no lo quiero.

—Esto no es verdad, Amerko. Usted sabe que no es verdad…

—Sí es verdad.

—Bien, Amerko. Crea lo que más le convenga, pero quiero la inmediata devolución de Alan a su estado normal.

—No está en condiciones de exigir, amigo Robert.

—Me hizo deponer las armas… Le demostraré mi buena disposición. Ahora veo que no debí confiar.

—No pueden asustarme sus armas.

—¿No, eh?

—No.

—Pues yo creo que sí. Nos retiró el cristal que le protegía hasta vernos desarmados.

—Es verdad —corroboró Jean—. No puede ser tan invulnerable.

—Nos quedan los revólveres. Tenemos que sacarlos.

Los dos astronautas se despojaron de la escafandra, procediendo a despojarse del traje espacial.

Amerko les contemplaba con cierta curiosidad. Al propio tiempo dio unas órdenes.

Uno de sus hombres-autómatas se acercó a la mesa y manipuló un botón. La puerta por la que había desaparecido el profesor se cerró dejando la estancia cerrada.

Jean y Robert no esperaron a tener fuera sus trajes espaciales.

Sólo lo justo para poder empuñar sus respectivos revólveres.

—Ahora veremos hasta dónde llega su invulnerabilidad, Amerko —dijo Robert encañonando al hombre—. ¡Vamos! Abra las puertas. Haga salir a nuestro compañero y devuélvanos las armas. Le doy cinco segundos.

—¿Segundos? ¿Qué es esto?

—No importa que no lo comprenda, Amerko. Voy a demostrarle

cómo funciona un revólver.

Al decirlo disparó contra el extraño reloj cuenta períodos y éste se hizo añicos.

—Lo mismo haré con usted, Amerko. ¡Y morirá!

Amerko sin dejar de mirar a los dos hombres pronunció dos palabras en el lenguaje desconocido de Robert.

Con asombrosa rapidez, uno de sus hombres manipuló un botón.

—¡Cuidado, Robert! Algo se proponen —gritó Jean.

¡Demasiado tarde!

Una luz brillante, cegadora, salió de toda la superficie. Paredes, techo, suelo. Algo cegador.

Jean y Robert llevaron sus manos al rostro para cubrirse.

Era como el foco de un fotógrafo, pero mil veces más potente y continuado.

Apenas duró un minuto, tal vez dos…

Cuando todo volvió a la normalidad, Amerko estaba protegido nuevamente por la mampara de cristal.

Fuera sólo había quedado la chica y los cuatro esbirros fieles guardianes de las cajas metálicas.

—Ahora suelten sus artefactos —ordenó.

—No, Amerko. Acaba de demostrar que tiene miedo a las balas y yo voy a demostrarle otra cosa…

—¿Qué es lo que puede demostrar, Robert?

—Que sus autómatas pueden morir con que sólo yo dispare contra cualquiera de ellos.

Amerko se limitó a pulsar un botón.

Aquella vez fue toda la superficie de la pared la que se levantó dejando al descubierto la sala contigua que a su vez dejó paso a otra y a otra. El conjunto era una nave inmensa, fantástica, sin fin…

Y por el fondo resonaban las opacas pisadas de varios hombres…

¿Varios?

¡Un ejército!

Formaban una columna de quince en fondo.

—Por lo menos hay dos mil —exclamó Jean.

—¡Hombre autómatas!

A una orden de su jefe, la columna se detuvo.

—¿Podrá matarlos a todos, Robert? —preguntó con marcada

ironía Amerko.

—Es inútil, Robert —comentó Jean—. Escapamos del fin de nuestro mundo, pero no sé qué va a ser peor.

—Hay que buscar una salida.

Los autómatas estaban detenidos a unos diez metros y allí en la primera fila, el segundo de la derecha era Alan.

—Su amigo desentona un poco de los demás, pero esto lo arreglaremos en seguida.

Una nueva orden bastó para que Alan abandonara la formación y se dirigiera hasta donde estaba la muchacha. Ésta se alejó hasta perderse por el fondo. Alan la siguió.

La muchacha regresó poco después. Más tarde lo hizo Alan.

Vestía el mismo extraño uniforme negro.

—Tengo un almacén bien provisto —explicó Amerko—. Torka es la encargada general. Una mujer como nunca vio. ¿Verdad, Robert? Y vale tanto como un hombre. Es perfecta.

—Tenemos que ganar tiempo —comentó Robert.

—¿Crees que servirá de algo?

—Tengo la sensación de que Novo no es sólo esto que estamos viendo. Ningún hombre por propia voluntad deja que le conviertan en un autómata.

—Entonces, Amerko…

—Tal vez sea alguien que trata de apoderarse de la voluntad de todos los habitantes y para ello precisa de un ejército. Un ejército como éste.

—Si así fuera, tal vez podríamos buscar ayuda.

—Es lo que pretendo. ¿Dónde tienes el transmisor?

—En el macuto.

—Ponlo en marcha. Dimitri estará a la escucha.

—Lo que me extraña es que no esté aquí. Llevamos bastante tiempo sin comunicarnos.

—Si nos hubiese seguido, Amerko le habría visto a través de la pantalla. No… Es posible que esté buscando una solución, allá arriba y lo más seguro es que esté a la escucha.

Jean abrió el conmutador del aparato.

—Si nos escucha —siguió Robert—, por lo menos estará prevenido.

—No es mala idea, pero… ¿Crees que Amerko nos dará tiempo?

—No lo sé, Jean, no lo sé, pero temo que ya haya planeado convertirnos en autómatas.

—¡Robert! —interrumpió el extraño personaje—. ¿Insiste en retener su artefacto?

—Sí, Amerko. Por alguna razón, tiene demasiado interés en desarmarnos.

—Me tiene sin cuidado. De eso pueden encargarse mis hombres, aunque… logren «matar» a unos cuantos.

—Luego admite que el poder sobre la vida y la muerte no está en sus manos.

—¡Basta de hablar, Robert! Obedezca.

—No lo haré.

—No importa. Nada podrá impedirme convertirles en servidores míos igual que su amigo. Alégrense. Van a ser «hombres perfectos».

* * *

Dimitri no había perdido sílaba de lo dicho por sus amigos.

—¡Están en peligro, necesitan ayuda! —exclamó para sí, pero… ¿Cómo proporcionársela? Si al menos aquella docena de hombres que le rodeaban pudieran entenderle.

Seguían hablando todos a la vez y convirtiendo al ruso en el centro de sus miradas y comentarios.

Laker puso término alzando la voz.

Se hizo el silencio, que interrumpió el propio Dimitri.

Había un tono imperativo y suplicante a la vez.

—¡Por Dios! Que alguien me entienda… Que uno… ¡Sólo uno! Sea capaz de comprender que tengo que salvar a mis amigos…

Algo le decía que aquellos hombres no eran agresivos pese al tono de sus voces. En sus comentarios anteriores había oído repetir el nombre de «Amerko» y ahora, dos minutos antes aquel nombre lo había pronunciado Robert, señalándolo como quien los tenía prisioneros.

No. Los que le rodeaban a él —Dimitri— no parecían esbirros de ningún loco; sin embargo, no podían ayudarle…

Fue entonces cuando Dimitri oyó una voz que le dejó paralizado. Estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que viniera de un mundo extraño y desconocido. Todo menos que alguien le dijera:

—¿Viene usted del planeta tierra, amigo?

Y el hombre que formuló la pregunta hablaba correctamente en ruso.

CAPÍTULO VIII

Siguiendo la tajante orden de Amerko cuatro hombres avanzaron hacia Jean y Robert.

—¿Qué hacemos? —preguntó el francés.

—Estos pobres diablos sólo obedecen la voluntad de un desalmado. Matarles es un crimen, porque ni siquiera lo hacemos en defensa propia.

Los hombres seguían impertérritos su marcha.

—Dispararé a las piernas. Heridos no podrán hacernos daño.

—Sí. Quizá sea la única solución. Al menos conseguiremos detenerlos.

Los dos amigos dispararon simultáneamente.

Los cuatro disparos resonaron por la inmensa cavidad.

El eco centuplicó el sonido de los estampidos.

Los cuatro autómatas, alcanzados en las piernas vieron frenada su marcha.

Cayeron sin proferir el menor grito.

Amerko, implacable, dio otra orden.

Otros cuatro avanzaron.

Resonaron de nuevo los estampidos.

También alcanzados en las piernas, se desplomaron.

—¿Cuánto tiempo crees que podremos mantener esto?

—No lo sé, pero hay que demostrar a Amerko que sabemos cómo defendernos.

Nueva orden.

Aquella vez entre los que avanzaban iba Alan.

—No… No podemos disparar contra él —exclamó Jean.

Amerko sonreía.

—Cuídate de dos, Jean, yo tumbaré al otro. Entretanto recarga.

Tienes que darte prisa.

—Pero, Alan…

—Déjale que se acerque. No es necesario disparar.

Jean obedeció.

Aquella vez fueron tres los que cayeron.

Los heridos, renqueantes, se arrastraban hacia un lado, intentando en vano de incorporarse.

Alan llegó frente a sus amigos.

Jean estaba tratando de recargar el tambor de su «3».

Robert intentó llamar la atención al mayor británico.

—Escucha, Alan. Tú puedes oírme. Y entiendes perfectamente el idioma en que te hablo. No sé qué han podido hacerte, mi buen amigo, pero tú no puedes hacer el juego a un desalmado como Amerko.

No. Alan ni hizo el menor gesto que denotara haber comprendido. Tenía oídos, pero sólo para escuchar el extraño idioma de Amerko.

El inglés avanzó su mano, tratando de agarrar por el brazo a Jean. Éste se apartó ligeramente.

Terminó de cargar su tambor, pero no hizo el menor movimiento para encañonar a su amigo.

Siguió retrocediendo.

Alan espoleado por una nueva orden avanzó decidido.

—Suéltame, Alan —susurró Jean cuando, al fin, su compañero de vuelo había conseguido atenazarle.

Apretaba con fuerza. Una fuerza poco común, su mano semejaba una garra que no estaba dispuesta a soltar a su presa.

—¡Vas a romperme el brazo!

Alan seguía apretando.

Robert se acercó blandiendo el arma por encima de la cabeza del comandante. Bajó rápidamente la mano, golpeando la cabeza de su compañero.

Alan acusó el duro golpe del cañón del arma y se desplomó.

—Lo siento, amigo. Tuve que hacerlo —dijo Robert.

De nuevo se volvieron hacia los autómatas, esperando que Amerko diera una nueva orden de avance a otros cuatro, mientras, Robert recargaba el tambor.

Llevaban buena provisión de balas, pero desde luego, no las

suficientes para frenar a todo aquel ejército.

¿Hasta cuándo podrían mantenerles a raya?

* * *

Dimitri Gorochenko vio avanzar al personaje número trece. En aquellos momentos no se preguntó de donde había salido ni cómo había llegado hasta allí.

Sólo había escuchado su pregunta formulada en perfecto ruso.

—¿Viene usted del planeta Tierra, amigo?

Para Dimitri, en las dramáticas circunstancias que estaba viviendo, el recién llegado era como una tabla de salvación.

Los doce hombres llegados con los «Galax» hicieron paso al nuevo personaje. Por sus gestos y sus miradas daban a comprender que respetaban a aquel hombre, mayor en edad a ellos.

Un cálculo aproximado le situaba en la cincuentena de años, en el cálculo terrestre.

—Sí… Procedo del planeta Tierra —replicó Dimitri—. ¿Cómo… cómo habla usted mi idioma?

El hombre vestía con bastante similitud a los demás, nada en él demostraba una procedencia distinta.

—Una vez conocí a un compatriota suyo. ¿Se dice compatriota?

—Sí… Pero… ¿Un ruso en Novo?

—¿Novo? ¿Es que en la Tierra llaman Novo a nuestro mundo?

—Sí…

—Bueno… Supongo que eso importa poco. Para nosotros la Tierra era algo inexistente… lo sigue siendo para la mayoría. Su compatriota me habló de ella y aprendí su idioma.

—¡Es increíble! En Rusia nunca supimos… Bueno… Supongo que se trataría de alguno de los que no regresaron. No se daban muchas noticias para no desmoralizar a los demás. Claro que esto poco importa ahora…

Dimitri vaciló un momento, pensando en lo que había presenciado desde la cápsula.

—La tierra… ya no existe —concluyó.

—¿Ha perdido su mundo?

—Sí… Y no sé lo que me espera en éste. De momento, los tres compañeros que iban conmigo están en peligro.

—En este caso, dejaré para otro momento el contarle cómo conocí a su compatriota.

—¿Cree que podrá ayudarme?

—Lo intentaré.

El hombre utilizando el idioma usual en Novo habló con Laker. Éste le replicó algo.

—Laker, el piloto del «Galax» dice que usted «hizo daño» a un compañero suyo.

—Disparé. Creí que iban a atacarme.

El hombre habló nuevamente con Laker y tras obtener su respuesta se dirigió nuevamente al ruso, en su idioma.

—Y dice también que le curó y que por lo tanto no puede ser usted una mala persona.

—No hubiese disparado, créame. Yo…

—Bueno… Dejemos ahora esto. ¡Ah! Mi nombre es Karpo.

Dimitri se presentó a su vez.

Karpo tras volver a comentar algo con los suyos dijo:

—Supongo que sus amigos deben de estar en poder de Amerko.

—Sí. Puedo escucharles a través del transmisor. Están disparando para amedrentar a los hombres de ese tal Amerko. Al parecer son una especie de autómatas. Escuche…

Dimitri acercó el transmisor a Karpo.

A través del aparato podía oírse la voz de Robert.

—Parece que Amerko no se decide a ordenar a sus hombres que nos ataquen.

—Puede que no sepa que las balas de nuestros revólveres no son eternas —replicó la voz de Jean.

—¿Qué dicen? —preguntó Karpo.

La conversación tenía lugar en francés. Fue el idioma que se escogió para los viajes en «colaboración», de los cuales aquel que les había conducido hasta Novo fue el primero y último.

Dimitri tradujo.

—Es difícil prestarles ayuda —comentó Karpo.

—Pero algo podemos hacer. Ese hombre —se refería a Amerko— es un peligro incluso para sus compatriotas.

Karpo sonrió tristemente.

—Amigo mío, no sabe usted cuál es nuestra situación exacta.

—¿A causa de ese loco?

—Sí, Dimitri… a causa de Amerko. Es la encarnación del mal. Pretende apoderase de todos, desde este subterráneo que él mismo mandó construir.

»Miles de hombres le ayudaron en su proyecto. Dijo que sería un bien para todos, especialmente en los largos períodos de frío.

»Nadie dudó de su buena fe. En nuestro mundo la gente ignoraba la maldad.

»Nuestros sabios únicamente se preocupaban de estudiar y descubrir fórmulas para el bienestar común.

»La guerra era algo desconocido, hasta que Amerko tuvo lo que quería.

—¿El subterráneo?

—El subterráneo y todos los artefactos de que dispone, aprovechando inventos de nuestros científicos, que hasta la hora presente habían servido sólo para el bien.

—Pero… ¿No piensa defenderse?

—¿Con las manos?

Dimitri estaba perplejo.

—¿Es que sólo disponen de las manos? ¿Carecen de armas?

—Nadie sabe lo que es un arma aquí. Yo lo sé gracias a su compañero, aunque nunca he llegado a tenerla en mis manos.

Dimitri mostró su fusil automático.

—Mire esto, Karpo. Es un fusil. Una sola bala puede acabar con Amerko.

—Sí… Es un arma de muerte.

—¿Por qué no fabrican?

—Nunca hemos sido partidarios de la guerra.

—Pero ahora no se trata de atacar por una causa más o menos egoísta. Es por su bien, para su defensa personal, para toda la gente de este planeta.

—¿Y cómo se fabrica un arma? No tenemos técnicos.

—¿Cómo se las arregló, Amerko?

—Amerko tampoco dispone de fusiles automáticos. Tiene otros aparatos y con ellos consigue dominar la voluntad de los hombres. Éstos, mediante la inyección por ondas electrónicas, cobran nueva vitalidad, pueden desarrollar su fuerza al máximo y ser insensibles al dolor. En cuanto a su cerebro, perdida la voluntad, sólo capta las órdenes de su jefe.

—¡Increíble!

—Sí. Convierte a hombres en seres prácticamente mecánicos. Su fortaleza física equivale a diez veces la normal. Su misma insensibilidad consigue que en ellos no haga mella ningún ataque…

—Excepto con fusiles…

—¿Y sería capaz de matar usted a un amigo?

Dimitri comprendió.

—Amerko estaba solo. ¿Comprende? Todo el ejército que ha logrado formar ha sido en contra la voluntad de los mismos hombres que lo componen. Le bastaron los primeros. Consiguió convencerles mediante engaños, lo demás fue fácil.

Karpo señaló la entrada del subterráneo.

—¿Ve esto? —Siguió.

—¿La entrada?

—Sí. Toda la localidad está minada. El subsuelo es una gruta inmensa con salidas en diferentes puntos. Cualquiera de sus esbirros puede salir en pos de nuevas presas con que engrosar su ejército. ¿Comprende nuestra situación, amigo Dimitri?

—Sí. Creo que sí…

—No. Quizá no la comprenda en toda su magnitud. Usted habló antes de usar las armas. Muchos tenemos familiares o amigos presos por Amerko convertidos en autómatas. Nosotros no somos asesinos.

—Karpo —replicó lentamente Dimitri tras una larga pausa en que meditó bien sus palabras—. Nuestro mundo…, el planeta Tierra, no debía de ser un dechado de perfecciones ya que nosotros mismos lo destruimos, por tanto no puedo defender las enseñanzas que saqué de él. Sin embargo, no todo era maldad; había gente buena. Sí, la había. Gente sin egoísmos que sólo procuraba hacer bien en una época donde lo material era el único fin de la mayoría. Pero quizás entre los menos había personas, cuyas enseñanzas tiene uno que recordar siempre…

—No lo dudo, amigo Dimitri.

—Déjeme continuar, Karpo… En estos momentos estaba pensando en gentes que, como usted, habrían dado su vida si con ella hubiesen conseguido un mundo mejor y una verdadera paz.

—Sí, Dimitri. Aquí también encontraríamos personas así. Yo mismo daría con gusto mi vida.

—Sí, Karpo, estoy convencido; pero escúcheme bien. No piense

en usted, déjeme ahora expresarme como lo haría cualquier hombre en mi mundo.

—¿Qué habrían hecho en la Tierra en este caso?

—Luchar, Karpo. No pensando en los amigos que iban a caer sino en los que podían ser salvados. Amerko acabará sometiendo a todos.

—Esto ya lo hemos pensado.

—¿Qué cree que hará con todo un mundo de autómatas?

—Habrá conseguido su ambición de poder. Nada le será negado. Será dueño de todas las voluntades.

—Y quizá algún día decida destruirlo todo.

—Sí… Los hombres también se cansan de poseerlo todo.

—¿Y deben ustedes sacrificar a sus esposas, a sus hijos?

Karpo quedó pensativo.

Laker le dijo algo.

Los demás rodeando a Karpo interrogaban con la mirada.

Éste tras una breve pausa les tradujo su conversación con Dimitri. El ruso pensó que aquello era como una especie de deliberación. Posiblemente en aquellos momentos se estaba jugando el porvenir del planeta Novo.

A través del transmisor llegaron los estampidos de ocho disparos.

Dimitri comprendió que, en el subterráneo, sus compañeros seguían defendiéndose.

CAPÍTULO IX

La tentativa de Amerko, de lanzar ocho de sus esbirros a la vez, había fracasado por completo. Los disparos de los astronautas, siempre certeros, frenaron una vez más la carrera de aquellos desgraciados sin voluntad propia.

Diecinueve de sus hombres se alineaban en el suelo. Insensibles al dolor, pero a la vez imposibilitados de tenerse en pie.

Amerko pareció ceder… momentáneamente.

Dio una orden.

Los esbirros dieron media vuelta y regresaron por donde habían venido.

A medida que se alejaban, la combinación electrónica de las puertas metálicas entraba en acción, impulsada por el cuadro de mandos del jefe y los compartimentos iban cerrándose.

Jean se inclinó hacia el cuerpo de Alan que seguía inconsciente.

Buscó su pulso.

Robert palideció.

—¿Ocurre algo?

—No. No… Le atizaste fuerte.

—No había otra alternativa.

—Bueno… Parece que hemos ganado la primera batalla.

Amerko habló a través del cristal protector.

—Robert, sólo estás prolongando tu agonía.

—Nunca conseguirás convertirme en un ser mecánico, Amerko. Ya te hice una demostración de mi poder. Y todavía puedo hacer más.

—Habla, Robert.

—Puedo aliviar el dolor de esos hombres a quienes herimos.

—No sienten nada.

—Pero están heridos. Algunos pueden morir. Yo les atenderé; a cambio sólo te pido que nos dejes salir.

—¿De veras esperas convencerme?

—No. Supongo que no te importa perder a diecinueve esclavos. Puedes conseguirlos muy fácilmente. ¿No es eso?

Amerko no replicó.

Sus palabras fueron sólo una orden para la muchacha Torka.

Ésta se acercó a los astronautas indicándoles la puerta que su jefe acababa de abrir.

Los dos hombres la siguieron hasta una especie de estancia más reducida.

—Es una especie de celda —observó Jean.

—No voy a entrar ahí —dijo Robert.

La muchacha siguió señalando con la mano.

—Amerko quiere tenernos bien sujetos. No hay duda de que, a pesar de estar en su poder, nos teme.

—Pues, si quiere que entremos aquí, tendrá que encerrarnos él mismo. Y dudo que se atreva a salir.

Torka, la muchacha de ojos grandes se acercó un poco más a los dos hombres dando la espalda al lugar ocupado por Amerko.

Luego ante el asombro de los dos compañeros dijo:

—Entren, por favor. Yo les sacaré de aquí.

Habló sin apenas mover los labios; lo hizo rápidamente y empleó el idioma ruso…

* * *

—Amigo Dimitri —dijo Karpo—, ha sembrado usted la esperanza de mis compatriotas. Ellos opinan como usted. Quieren luchar.

—¿Piensa darles la razón?

Karpo hizo una señal.

—Venga conmigo. Trece hombres no podemos resolver una situación que afecta a muchos miles. Venga.

Los hombres se distribuyeron en sus respectivos «Galax».

Karpo usaba un vehículo parecido pero de mayor tamaño.

La leyenda rezaba: Kalyno.

Dimitri pensó que debía de ser otro tipo de helicóptero.

Ocupó un asiento al lado de Karpo, mientras observaba los mandos bastante parecidos a los de un reactor normal, pero en vez de hélices y alas, su forma, ligeramente cónica era rematada por una especie de luz piloto. Al igual que los anteriores disponía de un potente reflector bajo su panza de acero.

Cuando Karpo accionó los mandos para su puesta en marcha, el aparato se elevó en sentido vertical, mientras que de sus tubos flotadores —Dimitri pudo comprobar que estaban hechos de un material similar al acero— salían diminutas chispas.

—¿Es un sistema de propulsión? —preguntó.

—Sí. Las baterías van cargadas con combustible sólido, inagotable.

—¿Inagotable?

—Sí. Ellas mismas vuelven a cargarse recuperando el gas que produce.

—Algo de esto se trataba de descubrir en la tierra.

—¿Cómo lo consiguen?

—Hay minas de donde se extrae el mineral suficiente para producir el combustible sólido.

—¿Y no se gastan nunca?

—Nada es eterno, Dimitri. Nunca hemos pretendido que nuestro planeta sea perfecto.

La velocidad era asimismo la de un reactor.

La natural curiosidad del astronauta le llevó por unos momentos a olvidarse de la situación por la que atravesaba.

¡Lástima no haber entrado en contacto con Novo en otras circunstancias!

—¿Desde cuándo tienen ustedes estos aparatos?

—Bueno… Ya sé que en la Tierra contaban su tiempo por… años. ¿No es así?

Dimitri asintió.

—Aquí son períodos. Cinco en tinieblas y dos al calor de Austral. Es lo que ustedes llaman Sol.

—Difícil saber el tiempo que comprende sus períodos en relación con el año terrestre.

—Yo puedo decírselo de un modo aproximado. Su compatriota tenía un reloj, con él en marcha consulté nuestros cuenta-períodos y pude comprobar que un período nuestro equivale más o menos a la

quinta parte de un año terrestre.

Dimitri calculó mentalmente.

—Algo más de dos meses… Unos setenta y dos días. Luego el período invernal tiene una duración de unos trescientos sesenta días… Un año terrestre.

¡Un año en la oscuridad! Pensó el ruso.

—Sí. La oscuridad y el frío ocupan gran parte de nuestra existencia. Este es nuestro problema. Hay que trabajar al máximo en los campos durante los dos períodos de calor para podernos abastecer. En las tinieblas las hierbas no crecen.

—Es natural…

—En cuanto a su pregunta con respecto a nuestros «voladores», perdón, aviones les llaman ustedes. Pues… calculando a su manera, yo diría que hace unos mil años.

No cabía la menor duda de que habían aventajado al planeta Tierra.

—¿Y nunca has construido cohetes?

—¿Para descubrir otros planetas?

—Sí…

—No, amigo Dimitri. Aquí mal que bien todos queremos nuestro mundo. Sólo hombres como Amerko podrían hacernos desear huir de él.

—Pero aún así… usted no es partidario de la guerra.

—¡Guerra! Extraña palabra…

—Sí… Quizá hayan vivido mucho más felices que nosotros, Karpo. De todos modos ahora están pasando por una triste experiencia.

—Supongo que el consejo superior, optará por hacerle caso.

—¿Me reprocha que quiera ayudarles?

—Soy parte interesada, Dimitri. Mi hija… cayó en poder de Amerko. Había trabajado para él como secretaria. Así consiguió atraerla. Fue su primera demostración. Se sentía orgulloso de proclamar que una mujer podía poseer las mismas dotes de un hombre…

Dimitri escuchaba consternado…

—¡Oh, Karpo! Lo lamento.

—Torka era la mejor de las hijas. Joven, bonita…

—Lo siento, Karpo… Y créame, yo… yo no deseo ningún mal a

su hija.

—Sin embargo, ahora es también una enemiga del resto de las gentes de nuestro mundo.

—Creo que tenía usted razón, amigo Karpo… Atacar a Amerko significa destruir a los seres queridos.

—Aun así, no puedo dejar de reflexionar en su proposición. Laker y los demás se entusiasmaron con su idea, pero ya le dije que trece hombres no son suficientes para decidir cuestión tan trascendental.

Habían llegado a su destino.

Un cálculo mental bastó al ruso para medir el tiempo empleado. Unos veinte minutos.

El lugar donde tomaron tierra tenía más o menos el aspecto de una plaza pública. Una plaza inmensa. A bastante distancia edificios de escasa altura, metálicos, sin ventanas daban un aspecto extraño al lugar.

Los dos hombres comenzaron a andar seguidos por los pilotos y acompañantes de los otros helicópteros «Galax».

Dimitri pudo comprobar que la población propiamente dicha no estaba distribuida en calles, los edificios todos con aspecto de no tener más que una sola planta tenían la misma configuración metálica.

—Es la única protección contra el frío. Los cierres son herméticos —explicó Karpo.

Se dirigieron al más grande de los edificios, grande en extensión y también algo más alto.

—Cuidado —indicó Karpo.

Señaló un canal no muy ancho, por el que discurría un agua de transparencia poco corriente.

El canal estaba situado en lo que en una ciudad cualquiera habría sido la acera.

Así para entrar en el edificio había que cruzar una pasarela.

—Es nuestro sistema de aprovisionamiento de agua.

—¿La sacan directamente del canal?

—Sí. Por medio de bombas de absorción. ¿Cuál era su sistema en la Tierra?

Dimitri explicó brevemente los sistemas corrientes en las grandes ciudades. La canalización subterránea, etc.

—Aquí esto no sería posible. Nuestro subsuelo es rocoso y la piedra que lo cubre convierte el agua en no potable. Se impregna de ácidos corruptos no identificados.

—Entonces en el subterráneo…

—Bueno, debajo existen lagos naturales; pero ¿por qué acudir a ellos, si en la superficie tenemos un agua excelente?

Mientras hablaban habían cruzado la pasarela y Karpo pulsando un botón había dejado al descubierto la puerta metálica, hermética, que daba entrada al edificio.

—El consejo se reunirá en seguida. Tenga la bondad de esperar.

Dimitri se acomodó en una amplia y bien iluminada sala.

Karpo le indicó un sillón totalmente metálico, aunque extremadamente confortable.

Laker y el resto de los hombres saludaron a Dimitri mientras siguieron a Karpo.

Éste reapareció muy poco después.

—El consejo está reunido.

—¿Ya?

Karpo hizo una seña para que Dimitri le siguiera.

Tras un corto pasadizo penetraron en una sala en cuyo centro había una larga mesa, que como todos los objetos estaba fabricada a base del mismo metal de las paredes, techos, suelos, etc.

No había nadie. Ni tampoco en los sillones en número abundante que rodeaba el amplio salón a ambos lados de la mesa.

Karpo ocupó la cabecera.

—Siéntese donde quiera, Dimitri —dijo.

Éste ocupó una silla a su lado, al principio de la mesa.

—¿Y el consejo?

—Está reunido.

—¿Dónde?

—En sus casas.

Y Karpo señaló un botón. Lo pulsó, apareciendo un micrófono.

—Esto sirve para llamar. Va conectado a todos los hogares. Una señal significa una reunión ordinaria. Nada trascendente. Dos señales implican la colaboración de todos.

—Entonces el consejo…

—Son todos los habitantes varones de nuestro mundo y las mujeres que han perdido a sus maridos, siempre que no hayan

delegado tal misión a sus hijos primogénitos.

Karpo pulsó otro botón y, al fondo, en la pared final, al otro lado de la mesa se encendió una especie de casillero.

—¿Qué es aquello?

—Un tablero para el recuento de votos. Luz blanca es afirmación. Luz negra negación a lo que se propone. El cómputo de votos se efectúa mediante un contador. La intensidad de la luz marca el número de negativos y positivos.

Dimitri pensó que aquello venía a ser como un cuenta kilovatios. El contador que marcara más, significaba la mayoría; puesto que, al contar con más luces encendidas, indicaba un más elevado número de adictos, en uno u otro sentido.

—¿Y si fallara el control?

—Se hace por tres sistemas distintos. Muy fácil. Tras la primera votación se hace otra a la inversa. El resultado debe ser exactamente el mismo. Luego el tercer sistema es éste…

Al decirlo, Karpo pulsó un nuevo botón y la mesa rectangular quedó iluminada tomando un color blanco brillante como si se tratara de una gran pantalla cinematográfica que recibiera la luz de un foco.

—Las respuestas negativas se controlan mediante unas células invisibles al ojo de las personas, pero que se vuelven de color negro por cada respuesta. Toda negación es una partícula negra que va oscureciendo la tabla.

—Un sistema extraordinario. Votación de toda una comunidad; no obstante también habrá descontentos.

—En general las opiniones suelen coincidir bastante.

—Y gana la mayoría, ¿verdad?

—No, amigo Dimitri. No gana la mayoría. Nunca se lleva adelante un proyecto sin existir unanimidad.

—Pero…

—¿Cree que es imposible?

—Lo parece.

—Mientras haya una sola negativa se procede a una nueva votación y así hasta conseguir la total aquiescencia de las gentes, sea en uno u otro sentido.

—¿Cuándo hablará a la gente?

—Lo hice al convocar el consejo. Ahora esperan mi señal para

decidir si se ataca a Amerko, comenzando a fabricar armas o si dejamos que las cosas continúen como están. Luz blanca es indicación de que se acepta el plan, luz negra se rechaza.

Y Karpo bajó una palanca. Era la señal que se recibía en cada hogar para empezar a emitir el veredicto.

CAPÍTULO X

Jean y Robert entraron en el reducido aposento metálico, tras haber escuchado las palabras en ruso de la bella Torka.

La puerta se cerró tras ellos quedando por completo aislados del resto del subterráneo.

En uno de los rincones una especie de plataforma ligeramente ondulada se elevaba un palmo del suelo.

Jean se sentó. La plataforma cedió ligeramente. Tenía muelles.

Pero ni el francés ni el norteamericano, en aquellos momentos, se detuvieron a pensar que la extraña plataforma era una cama, ni tampoco repararon en la blandura del metal.

—¿Cómo es posible que esta muchacha hable ruso? —se preguntaba Jean y el comentario era obvio, porque Robert aun sin decirlo estaba pensando lo mismo.

—Cuando nos habló no parecía estar bajo el control de Amerko —observó tras una pausa el mayor.

—Esto significaría que el período de duración de su poder es limitado.

—También puede significar otra cosa, Jean.

—¿Qué otra cosa?

—Que la muchacha nos haya engañado para evitar dificultades a su jefe. Parece ser la persona en quien más confía Amerko…

—Sí… Pero… ¿Cómo habla ruso?

—Esto es algo que no sabremos a menos que nos lo explique ella misma.

Claro que, de haber sabido que su padre tuvo contacto con un astronauta de aquel desaparecido país, la cosa habría resultado más explicable.

Explicable hasta cierto punto, porque… ¿Cómo y cuándo había

llegado ese astronauta a Novo?

Jean se tumbó en la cama. Robert le imitó.

—Si fuera posible regresar y explicar todo esto…

—No sueñes, Robert.

Quedaron silenciosos un buen rato. Entregados a sus pensamientos, a los acontecimientos que estaban viviendo. No contaba el tiempo. Sin embargo el reloj automático de Jean marcaba las cinco.

¿Las cinco de qué? ¿De la mañana… De la tarde…?

Tenía la impresión de que había visto anteriormente aquella hora…

Pero ¿cuántas veces? ¿Dos, tres?

No se puede cambiar de repente el modo de medir el tiempo. Y siguiendo el sistema normal pensó que habían transcurrido por lo menos dos días.

—¿Crees que llevamos tanto tiempo?

—Tengo hambre…

—Si llevaras dos días sin comer sentirías desfallecimiento.

—Tomé pastillas al descender. Sus efectos pueden mantener cuarenta y ocho horas. ¿Recuerdas?

—Es verdad… Yo también las tomé. No me acordaba.

Buscaron en sus respectivos macutos, donde llevaban alimentos concentrados de alto poder nutritivo y calorífico.

Tabletas de carne, pequeñas bolas de mantequilla congelada dispuesta en el interior de botes especiales, galletas y una especie de caramelos con sabor a mermelada.

—Preferiría poder comer algo con un sabor más natural —dijo Jean.

—Sí… Un buen bistec de ternera con patatas fritas.

Siguieron comiendo silenciosos.

Torka tardó en llegar.

La puerta se abrió y la figura de la muchacha apareció en el umbral.

—Amerko estará encerrado en su laborante…

—¿Laborante?

—Algo así…

—¿Laboratorio, es lo que quiere decir?

—Eso es. Laboratorio.

—Pero usted…

—No hagan preguntas y síganme. Les sacaré de aquí. Llévense a los heridos. La mayoría están inconscientes; cuando despierten serán personas normales…

—¿Qué sistema emplea Amerko para conseguir convertirles en autómatas?

Habían salido del pequeño recinto y caminaban sigilosamente por la sala de la mampara de cristal.

Ella señaló las cajas metálicas.

—¿Ven esas cajas? Hay un sistema de ondas electrónicas vibratorias. Basta encerrar a una persona dentro y manipular el cuadro de mandos.

—¿De modo que es así cómo consigue fabricar sus robots humanos?

—No entiendo muy bien lo que quieren decir, pero, dentro de esas cajas, Amerko consigue anular la voluntad de los seres.

Comenzaron a sacar a los heridos. Entre ellos, Alan, había vuelto en sí, pero su estado era letárgico, ausente.

Torka también colaboraba, sacando a rastras a los más graves y conduciéndoles a través de la puerta que conectaba con el pasadizo subterráneo fuera del recinto.

—Hay que destruir todo esto —dijo Jean después de haber dejado fuera el segundo herido.

—Sería inútil. Amerko dispone de otros puestos de control.

—¿Dónde están? —preguntó Robert—. Hay que encontrarlos.

—No lo sé. Quizá haya entrado en ellos cuando estoy bajo su control, pero esto es algo que se olvida una vez pasan los efectos.

—Pero usted recuerda esto.

—Aquí empecé a trabajar con él cuando le creía una buena persona y vi también como sometía al primero de los hombres. Entonces horrorizada quise escapar, pero ya tenía a su primer monstruo para obligarme. Me amenazó y fui encerrada en una caja.

—¡Cielo santo que horror!

—Periódicamente, antes de que desaparezcan los efectos de su experimento, nos obliga a meternos en las cajas, para mantenernos siempre bajo su control.

Seguían haciendo viajes para sacar a los hombres.

Fuera del recinto había ya nueve.

—Fue una suerte que no la sometiera otra vez.

—No. Hubo un fallo en su mecanismo. Cuando fui encerrada en la caja estaba a punto de recobrarme. Algo debió de fallar. No sucedió nada. Las ondas electrónicas no llegaron, pero cuando salí fingí estar bajo su dominio. Fue poco antes de llegar ustedes.

—Tuvo una feliz idea fingiendo.

—Al oírles hablar, pensé que ustedes podían hacer mucho para ayudarnos. Disponían de algo que en nuestro mundo se desconoce. Algo que puede causar daño.

—¿Se refiere a las armas?

—Sí. A lo que emplearon para detener a los hombres que Amerko les lanzaba.

—No tuvimos más remedio.

—¿Pueden sus artefactos causar la muerte?

—Sí.

—Pero ustedes no mataron a esos hombres.

—No obraban por propia voluntad.

—Eso demuestra que son buenos. A mi padre les gustará conocerles.

Consiguieron al fin dejar fuera al último de los heridos.

—¡Ahora necesitamos los lanzallamas!

—Las armas que nos hizo entregar —aclaró Jean.

—Vengan. Abriré el armario.

Para hacerlo, Torka tenía que introducirse por la abertura del cristal e ir a su mesa desde donde accionaba los mandos.

—¿Y por qué no destruirlo todo? No importa que tenga otros cuadros de mandos. Así tendrá menos.

—Hay un botón —explicó Torka— que comunica con su laboratorio. Nos descubriría, y entonces sería imposible escapar.

Iba a agregar algo, pero se contuvo. Aguzó el oído y seguidamente hizo una seña a los dos astronautas.

—Huyan. Deprisa. Amerko viene hacia aquí.

—No podemos dejarla.

—Oigan lo que les digo. No me ocurrirá nada, mientras me crea bajo su dominio. Vayan sacando a los heridos. No pierdan tiempo.

Jean vaciló.

Los pasos de Amerko eran perfectamente perceptibles.

Los dos hombres optaron por hacer caso a la muchacha.

En cierto modo tenía razón. Si Amerko creía tenerla en su poder…

Se alejaron rápidamente, mientras ella cerraba las puertas.

Amerko entró en el recinto acristalado.

En su lenguaje se dirigió a Torka.

—Armario pequeño.

Era suficiente para indicar a la muchacha que debía dirigirse al armario pequeño. Torka obedeció.

Amerko pulsó un botón que abría automáticamente la puerta.

Dentro del armario estaban los lanzallamas.

Torka se detuvo y esperó nuevas instrucciones.

—Trae eso.

Torka vaciló. Se resistía a entregar las armas a aquel loco. Ella sabía que a sus amigos «terrestres» iban a hacerles falta, sin embargo no podía exponerse a que Amerko descubriera que estaba fingiendo, pues en tal caso la obligaría a recibir nuevamente las ondas electrónicas y volvería a estar bajo su poder.

Se inclinó y recogió con ambas manos los dos lanzallamas.

Los entregó a su «jefe».

—Extraño artefacto —comentó éste en su idioma—. ¡Escupen fuego! Me gustaría poder construir algo igual. Lo examinaré.

Se alejó hacia su laboratorio situado tras una de las láminas movibles. Torka le siguió.

—No te necesito —dijo simplemente él.

Torka esperó a que hubiese desaparecido y corrido la lámina que dejaba lisa la pared.

Luego se dirigió otra vez hacia la salida, manipulando el botón que daba acceso al paso subterráneo.

Jean y Robert seguían transportando los heridos. La tarea no era fácil. Más de cien metros de pasillo y, después, había que izarlos hacia la superficie.

Torka colaboró después de explicar la imposibilidad de recuperar los lanzallamas.

—Estas armas en poder de un loco agravan la situación —comentó Robert.

Calculado en tiempo terrestre, emplearon media hora en tener al último herido en la superficie.

Luego procedieron a la curación de los que parecían más

necesitados.

—Ustedes tienen un transmisor —dijo Torka—. Lo vi antes.

—¿Sabe lo que es?

—Mi padre me lo explicó. Nosotros lo llamamos comunicador a distancia.

—¿Lo necesita?

—Para avisar a mi padre; quiero que venga con su «volador». Podremos transportar unos seis hombres en cada viaje.

—No será necesario —sonrió Jean—. Creo que esta vez está justificado el empleo de nuestros cohetes de emergencia.

Y pensó en la cápsula espacial.

Robert asintió.

Tras la cura de los más necesitados comenzó el traslado hacia la cápsula.

—Para un viaje corto creo que aguantará el peso —comentó Robert.

—En total somos veintidós. Cinco veces el peso debido.

—No es un viaje espacial. Además, al soltar los cohetes de emergencia liberamos un peso de cuatrocientos kilos.

—Esto recompensa más o menos a unos seis hombres.

—Seguimos llevando más doble.

—De todos modos lo intentaremos.

Tras cargar al último herido, Jean y Robert ocuparon sus puestos.

Los heridos estaban repartidos entre la planta inferior y los huecos disponibles.

—No es el mejor modo de transportarlos, pero, al menos, será el más rápido.

Abrieron la puerta del visor.

—Hay algo con lo que no contábamos.

—¡La visibilidad!

Se volvieron hacia Torka.

—¿Hay luces donde vamos?

—Pueden haberlas si las pedimos.

—Pues ha llegado el momento de usar el transmisor.

* * *

En la sala del consejo Karpo comprobaba la primera votación.

—Parece que la mayoría vota por su sistema, Dimitri.

El ruso guardó silencio.

Karpo pulsó un botón al tiempo que hablaba por un micrófono.

—Nueva votación.

—¿Cuánto tiempo cree que tardarán en ponerse de acuerdo?

—Poco.

—Según la pantalla esa mayoría no es precisamente aplastante. Muchos han sido los que se han inclinado por la negativa.

—Pero, en nuestro mundo, Dimitri cuando existe una mayoría, los que han votado en contra reflexionan. Piensan que si el número de gentes que opinan de diferente forma en más elevado, existe razón suficiente para rectificar.

—Pero este caso es de vida o muerte. A cada momento aumenta el peligro.

—Esto los míos lo saben tan bien como usted.

El resultado de la nueva votación interrumpió el diálogo.

Evidentemente el consejo de Novo se estaba dando prisa.

El resultado registró un ligero aumento en favor de los partidarios del ataque.

Comenzó la tercera votación.

Fue aquí cuando sonó el transmisor de Dimitri.

—Son mis compañeros.

El ruso se puso al habla.

CAPÍTULO XI

—Dimitri… ¿Dónde estás?

—Hola, amigos —replicó desde la sala del consejo, el ruso—. ¿Dónde estáis?

—De momento conseguimos escapar, pero traemos heridos. ¿Dónde estás tú?

—En la sala del consejo.

—Pregunten si está mi padre —intervino Torka. Transmitieron los deseos de la muchacha.

—Sí. Se lo comunicaré —replicó Dimitri.

El rostro de Karpo se iluminó.

—¡Oh, déjeme hablar con mi hija!

—¡Padre!

—¡Torka!

—He logrado escapar. Me han ayudado dos hombres del planeta Tierra. Son buenas personas.

—¿Necesitas algo, Torka?

—Luz para guiar el «volador» de estos hombres.

—Dígame dónde está —preguntó el ruso—. Iré a esperarles.

—Bastará con encender los faros de todos los vehículos estacionados en la plaza. Pediré ayuda.

Por el mismo micrófono Karpo solicitó la ayuda de los propietarios de los aparatos.

Poco después en la gran plaza la iluminación taladraba las tinieblas haciendo que cualquier toma de tierra pudiera efectuarse sin el menor riesgo.

Desde su puesto, Robert pulsó el botón para recoger el cohete propulsor y volverlo al tubo. Hecho esto, apretó el contacto para preparar la salida de los tubos auxiliares.

—Tubo primero preparado —dijo Robert.

—Preparado —corroboró Jean.

—Tubo segundo preparado.

—Preparado.

—Cierra compuertas. Cohete.

—Compuertas cerradas.

—Suelta cohetes. ¡Ahora!

Jean bajó la palanca.

La cápsula siguió inmóvil.

—Algo se ha atascado.

—Pulsa el conmutador de seguridad.

Jean obedeció.

—Sigue atascado.

—Botón de emergencia.

—Tampoco funciona.

—No comprendo qué puede haber ocurrido.

—Iré abajo a comprobarlo.

Jean se deslizó por la escalerilla.

Los heridos le impedían moverse con la rapidez necesaria.

Al fin logró colarse por el hueco donde los cohetes de emergencia estaban sujetos.

Buscó entre los hilos que estaban conectados al mecanismo de cierre.

«Se ha desconectado», pensó.

Asomó por el hueco y llamó.

—¡Robert! Abre las compuertas. Las de abajo. Desde fuera podré arreglarlo mejor. ¡Ah! Y échame un destornillador.

Una vez fuera, utilizando las torretas como escalera, procedió a conectar los cables.

En aquellos momentos ni él ni nadie se habían dado cuenta de que dos autómatas salían de entre la oscuridad, portando cada uno un lanzallamas.

¡Amerko se había dado cuenta de la fuga!

* * *

—¿Qué ocurre, Robert? —preguntaba Dimitri por el transmisor.

—Una ligera avería —replicó la voz del mayor—. Jean la está

arreglando.

—Si algo falla, iremos con los «Galax». Se trata de unos aparatos parecidos a los helicópteros.

—De acuerdo, Dimitri. Si Jean no consigue arreglar la avería te mandaré un
S. O. S.

Cortó la comunicación, al tiempo que corría de nuevo a la sala del consejo para saber el resultado de las nuevas votaciones.

* * *

Jean saltó al suelo e hizo una seña para que Robert asomara.

—Pon el contacto otra vez. Si hace chispa es señal de que el cable está bien conectado.

Fue Torka la que de pronto abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Cuidado! —gritó.

A menos de diez metros de Jean, los hombres-autómatas avanzaban con el lanzallamas.

—¡Los lanzallamas! —gritó Robert.

Jean se lanzó al suelo bajo la cápsula al tiempo que los dos hombres accionaban las armas lanzando sendos chorros de fuego.

Jean trató de subir por la compuerta que había utilizado para descender.

Tuvo que desistir para no ser alcanzado por el fuego que aquellos momentos iba dirigido a él.

Robert sacó el revólver.

Antes de que pudiera disparar Torka tropezó con algo. Su mano se apoyó en el tablero de mandos tocando involuntariamente un botón.

Jean subía por la torreta para alcanzar el hueco inferior.

De pronto las compuertas se le cerraron, aprisionando su brazo.

—¡Abrid! Deprisa.

No podían oírle.

Robert disparaba buscando a los autómatas, pero éstos cambiaban de posición hurtando su cuerpo de las balas.

Por otra parte el mayor tenía que disparar con las compuertas superiores abiertas y esto favorecía a los autómatas, que ahora dirigían el chorro de fuego hacia él.

Abajo, Jean seguía gritando inútilmente.

Uno de los lanzallamas dejó de arrojar fuego. Algo debía de haberse atascado. Robert disparó contra el hombre. Aquella vez el blanco fue mortal. El autómata soltó el arma y cayó fulminado.

Jean conseguía desprenderse de su encierro y saltar nuevamente bajo la torreta.

El autómata superviviente se dio cuenta y volvió sobre él su lanzallamas.

Robert aprovechó la ocasión para saltar y recuperar el arma.

Se arrojó al suelo al tiempo que soltaba el revólver.

Al fondo dos nuevos autómatas avanzaban hacia la cápsula.

Robert desde el suelo atacó al autómata arrojando un chorro de fuego.

Jean salió corriendo al tiempo que disparaba para cubrir a su compañero.

—Sube, Jean, y prepáralo todo, mientras yo mantengo a raya a éste.

Jean obedeció.

—Arriba, Robert —gritó.

—¡Aag! —exclamó éste mientras trataba de apagar la llama que había prendido en su camisa.

La quemadura era considerable y el comandante sentía los efectos del terrible dolor.

Tuvo fuerzas suficientes para echar dentro de la cápsula el lanzallamas.

—¡Funciona! —gritó Jean, mientras los cohetes propulsores salían disparados.

Robert agarrado a la escalerilla hacía esfuerzos para subir.

Torka asomó para ayudarle.

El impulso del aparato al elevarse la hizo perder el equilibrio.

Cayó sobre el suelo.

Robert tampoco pudo aguantar.

Jean cerraba los puños impotente.

—¡No puedo volver atrás! Esto no es un avión… Oh, Cielos… Ahora están los dos nuevamente en poder Amerko.

CAPÍTULO XII

Cuando Jean vio las potentes luces de la plaza, soltó los aerofrenos. La cápsula acusó la maniobra con una fuerte sacudida.

Jean con destreza condujo hasta posarse nuevamente en el suelo.

Dimitri agitaba los brazos con aspecto satisfecho.

El francés abrió las compuertas.

—Han autorizado atacar a Amerko. La última votación ha sido totalmente unánime. Todos los obreros de las fábricas metálicas colaboran en la construcción de armas.

Dimitri hablaba deprisa. Creía estar dando una buena noticia a su compañero. Al fin y al cabo iban a combatir contra el hombre que amenazaba con perturbar la paz de Novo, que en definitiva, debía ser la nueva residencia de los cuatro terrícolas.

El rostro de Jean hizo comprender al ruso que algo iba mal.

Acabó de comprenderlo cuando vio que Robert no bajaba de la cápsula.

—¿Dónde están esos helicópteros? —preguntó el francés.

—¿Qué ha pasado?

—No hay tiempo de fabricar armas. Primero tenemos que sacar a Robert de allí y a Torka.

—Creí que…

Jean explicó lo ocurrido en el último momento.

El ruso apretó los dientes.

—¿Sólo disponemos de un lanzallamas?

—El otro quedó allí.

—Yo tengo mi fusil.

—Pues vamos.

—¡Esperen! —gritó Karpo que llegaba corriendo.

Se interesaba por su hija.

Su rostro se ensombreció cuando supo lo ocurrido.

—No se preocupe. La sacaremos de allí, pero debemos darnos prisa, antes de que Amerko consiga inculcarle las ondas electrónicas.

—Solos no conseguirán nada.

—Lo intentaremos.

—Cuide de los heridos entretanto.

Jean y Dimitri dejaron sus macutos.

—Dentro hay gasas, apósitos y desinfectante. Avisen a un doctor.

—Nuestros médicos no son especialistas en curar heridas de esta clase, pero haremos lo que podamos. Y, en nombre de mis compatriotas, gracias por haber sacado de allí a estos pobres infelices.

Laker y sus amigos comenzaban a descargar a los heridos.

—Necesitamos los «Galax» —dijo Dimitri.

Media docena de pilotos se ofrecieron gustosos.

—Supongo que con un par de aparatos bastarán. Alan Rutherford asomó.

—Dimitri, Jean.

—¡Alan!

—¿Estás bien?

—No, creo que no…

—No te muevas. Aquí te atenderán.

El mayor saltó.

—¡Un momento! ¿Y Robert?

—No hagas preguntas ahora, Alan.

—No estás en condiciones.

—Ahora recuerdo… Del túnel salía una especie de gas… Luego aquel hombre… Un tipo extraño. Recuerdo que me metieron en una caja metálica… ¿Qué pasó? No podéis dejarme así.

—Robert está en peligro.

—¿Y pretendíais dejarme aquí?

—¡Vamos!

No sabía siquiera dónde estaba. Su poder de recuperación era, sin embargo, muy estimable. Se esforzaba en centrar sus pensamientos, en recordar…

—¡Vamos! —exclamó Jean—. Te lo contaremos por el camino.

Dimitri le entregó el revólver.

—Toma te va a hacer falta.

Jean le dio el suyo.

—Nosotros disponemos de un rifle y un lanzallamas.

—¿Y el mío?

¡El suyo!

—Estará en poder de Amerko. Lo llevabas al entrar en el subterráneo.

—No… No sé, no recuerdo.

—Es extraño —comentó Jean—. Si Amerko hubiese tenido el rifle lo habría usado, o al menos nos lo habría mostrado…

Uno de los pilotos hizo una seña.

Alan subió con Dimitri.

Jean ocupó plaza en otro aparato.

En seguida los «Galax» se pusieron en marcha.

—Aproximadamente se tardan unos veinte minutos —dijo Dimitri.

Alan se encogió de hombros.

—Ahora cuéntame todo lo que sepas.

—Yo no entré allí, amigo, pero te contaré lo que sé.

La potente luz de los focos iluminaba perfectamente la desértica superficie bajo los aparatos.

Pronto llegarían a su destino.

* * *

Quizá iba a ser demasiado tarde.

Frente a la acristalada estancia de Amerko, éste, en pie, observaba a Torka y al americano.

Robert tenía una buen parte de hombro y brazo convertido en una llaga viva a consecuencia de las quemaduras del lanzallamas.

—¡Torka! —exclamó Amerko—. ¡Me has traicionado!

—Nunca juré guardarle fidelidad, Amerko.

—Supuse que creías en mí…

—Si pensaba esto ¿por qué quiso convertirme en una autómata?

—Sólo quería saber si mi experimento daba los mismos resultados con una mujer.

—Miente, Amerko. No fue sólo esto, porque llevo mucho tiempo bajo los efectos de sus ondas electrónicas. ¿Cuántas veces, Amerko? ¿Cuántas veces me sometió a sus pruebas?

—Lo siento, Torka, era necesario.

—Usted traicionó a todos cuantos le creyeron. Quería hacer un planeta mejor.

—La gente necesita ser gobernada por hombres superdotados, de una inteligencia superior. ¡Como la mía, Torka!

Robert intervino.

—Es sólo un pobre diablo, Amerko. Aquí, bajo su santuario metálico, se cree muy poderoso con sus muñecos humanos, pero no tiene con qué defenderse. Los míos, sí, Amerko; y no dude de que lo harán. Le destruirán a usted y al mito que intenta crear a su alrededor.

—Calle, Robert. Le dije que seguiría acatando mis órdenes y ya ve que está en mis manos. Ahora no lleva artefactos. En cambio yo poseo su arma que arroja fuego.

Y señaló el lanzallamas sobre la mesa.

Torka y Robert cambiaron una mirada.

—¿Qué podemos hacer?

—Ganar tiempo, Torka.

—¿Cree que nos ayudarán?

—Sí.

—Es peligroso. Amerko está prevenido.

—De todos modos estoy seguro de que mis compañeros nos sacarán de aquí.

—Antes entraremos en la caja de las «ondas».

—Háblele, Torka. No se canse.

Torka se encaró con Amerko.

—Robert tiene razón, Amerko. Este refugio no es suficiente para protegerte. Acabarás como mereces.

—¿Te alegrarías mucho, Torka?

—Sí, Amerko. Lo estoy deseando.

—Mi pobre e ilusa Torka. ¡Nadie podrá contra mí! Y si alguien intenta algo, tú ya volverás a ser uno de mis «seres perfectos». Porque voy a ordenar que te introduzcan en la «caja».

—Tu poder no es eterno. Seré rescatada.

—¡Jamás, Torka!

Robert intervino. Necesitaba más tiempo y se daba cuenta de que el fin estaba próximo.

—Escuche, Amerko…

—¿Qué quiere, Robert?

—Usted sentía cierta estimación por Torka. ¿Me equivoco?

—¿Se refiere a amor?

—Exactamente.

—El amor es propio de la gente vulgar. Yo estoy muy por encima.

—¿Pues a qué viene esta predilección por ella?

—Es inteligente…

—Entonces ¿por qué…?

—Se lo que va a preguntarme, Robert… No. No podía dejarla libre. Ella sabía demasiado y al principio me convenía guardar mi secreto…

—Pero ahora ya todo es conocido. ¿Por qué no la deja en paz? No necesita a ninguna mujer.

—Con mi procedimiento no hay diferencia. Y puedo demostrárselo. Torka puede convertirse en un ser diez veces más fuerte que usted.

Prolongar la situación ya era prácticamente inútil.

Amerko dio la orden y dos autómatas caminaron hasta detenerse delante de la muchacha.

Robert trató de sobreponerse al dolor de sus heridas. Su fortaleza física, su poder para afrontar el sufrimiento le sirvieron de gran ayuda.

Y así cuando uno de los autómatas señaló a la mujer la caja a la que debía dirigirse, Robert había concentrado toda su fuerza en los puños. Especialmente en el derecho.

Con violento y rápido impulso lo descargó contra el mismo mentón del hombre que indicaba a Torka el camino.

El golpe no consiguió derribar al hombre, pero indudablemente el factor sorpresa le había favorecido.

Amerko dio una orden al segundo autómata, éste juntó sus manos y trató de descargar un golpe que de haber alcanzado al americano, habría resultado fatal, pero Robert esperando el ataque había saltado a tiempo.

Su objetivo principal seguía siendo el otro. Al que primero había

golpeado. Era necesario insistir, machacarle. Aunque no sirviera de otra cosa que seguir ganando tiempo.

Robert buscó con ahínco la mandíbula del autómata.

Se aseguró de no fallar.

Su antagonista no hizo nada para esquivar el golpe que volvió a alcanzarle.

Esta vez se tambaleó nuevamente.

Robert sabía que en cualquier momento Amerko podía lanzar sobre él a todo su ejército, pero también sabía otra cosa…

Aquella pelea, para el genio del mal, le servía para comprobar de un modo fehaciente la fortaleza de sus «hombres perfectos».

Ese puntito de orgullo, de satisfacción propia era lo que mantenía a Robert en la lid, midiéndose con un adversario que, aun siendo corpulento en circunstancias normales, el temple, la fortaleza y sobre todo la mejor preparación física del americano le habrían bastado para abatirle al primer golpe.

Pero la fortaleza, inoculada con las ondas electrónicas, producía su efecto.

Y desde luego proporcionaba aquella resistencia, tal vez diez veces superior pregonada por Amerko.

Robert comprendió perfectamente que su pelea constituía un espectáculo para el loco, cuando éste dio una orden al otro autómata, que se tradujo en que el aludido dejó que la lucha siguiera entre su compañero de cautiverio forzoso y el propio Robert.

Éste alcanzó por tercera vez la barbilla de su antagonista.

El autómata estaba prácticamente «groggy».

Robert aprovechó la vacilación para golpear de izquierda el abdomen y sacudir nuevamente con la diestra su rostro.

Pero el hombre seguía en pie, como si le costara hincar la rodilla. Su voluntad era más poderosa que los efectos del duro castigo que estaba recibiendo.

El mayor juntó ambas manos y las descargó del revés en pleno rostro de su adversario.

Al fin cayó.

Lo había conseguido sin recibir el menor golpe a cambio.

Debía de ser así.

Robert, mermado de facultades, no podía exponer demasiado,

un golpe podía ser fatal y con él —fuera de combate— de nada habría servido ganar todo aquel tiempo.

Se encaró a Amerko.

—Con las mismas armas de tus autómatas, farsante. Ahí tienes a uno —y señaló al vencido.

»Sin drogas milagrosas.

»Sin ondas.

Amerko sonrió.

—Serás un magnífico luchador cuando estés bajo mi control.

—Primero tendrás que demostrarme que uno de tus hombres puede vencerme.

—Tú sabes de sobra que a una orden mía…

—¿Cuántos crees que puedo necesitar, Amerko?

—Uno.

—Ya has visto que no.

—Ahora lo verás.

Alzó la voz para llamar a alguien.

El nuevo autómata que avanzaba desde el fondo para enfrentarse con él era un auténtico gigante. Un peso pesado. En circunstancias normales, de haber tenido que enfrentarse con él, ya habría sido un difícil antagonista…

—Cuidado, Robert —previno Torka.

—No tengo más remedio que arriesgarme. Cuando reto a alguien no me vuelvo atrás.

La mole se precipitó sobre el americano.

Robert esquivó la acometida, saltando hacia un lado.

Alargó el pie.

La zancadilla produjo el efecto deseado.

El gigantón dio un traspié y cayó de bruces.

Amerko ahogó una maldición. Apretando los puños dijo algo al hombre.

Torka tradujo.

—Dice que acabe con el primer golpe.

—No me dejaré alcanzar tan fácilmente.

El puño del autómata pasó rozando la mejilla de su contrario.

Siempre luciendo una ágil esgrima, el mayor mantenía a distancia al sicario.

Pero la resistencia física tiene sus límites. Robert sabía que aquel

esfuerzo que estaba haciendo —más sus quemaduras— no podría aguantarlo por mucho tiempo.

Probó fortuna intentando alcanzar el rostro del gigante, pero sólo consiguió lo que hasta entonces había logrado evitar.

El hombre pudo agarrarle por el brazo y en seguida le alcanzó con el otro.

Robert se debatía para desasirse.

Completamente inútil.

Torka lanzó un chillido.

El autómata levantaba en vilo a Robert.

—Suéltalo —gritó ella—. Diga que lo suelte, Amerko.

—Él se lo ha buscado —replicó éste.

El gigante arrojó con fuerza el cuerpo de Robert.

Cayó de lado, intentado paliar el golpe.

Sintió el cuerpo dolorido y fuertes punzadas en el brazo y hombro heridos.

El gigante avanzaba hacia él. Seguro de sí mismo, era el gran vencedor.

Por un momento Robert sintió como si sus músculos se hubieran paralizado.

Intentó recobrarse. Era necesario un último y supremo esfuerzo.

El pie de la mole buscaba su rostro.

Torka vio perfectamente como Robert iba a recibir una tremenda patada en el rostro.

Gritó de nuevo.

Robert logró agarrarse con ambas manos a aquel pie.

Lo retorció con fuerza.

El gigante, insensible al dolor no profirió el menor alarido.

Sin embargo «la llave» dio resultado y la mole cayó al otro lado, pero con extraordinaria agilidad se levantó nuevamente saltando sobre su presa.

Los dos luchadores rodaron por el suelo metálico.

Torka presentía el final.

CAPÍTULO XIII

El chorro del lanzallamas había reblandecido el metal de la puerta.

Con la culata de su fusil Dimitri golpeó la plancha.

Atrás, Alan acababa de hacer un descubrimiento.

—Mi fusil. Había quedado en el túnel.

Sí. Estaba en el recodo.

Eran tres armas contra una.

La masa metálica reblandecida, dominada por los golpes dejó un hueco. Los tres hombres penetraron en la primera de las salas.

Amerko les habría podido ver a través de la pantalla de no haber estado pendiente de la pelea.

Aquello favorecía a los tres astronautas que ahora intentaban derribar la puerta que comunicaba con la sala donde tenía lugar el combate.

En el recinto, a prueba de sonidos, no podía oírse el sonido del chorro de fuego.

Dentro la pelea había concluido.

Robert aún tenía aliento, pero su inferioridad ante el adversario era demasiado manifiesta.

Pensó reservarse para un último y desesperado esfuerzo. Entretanto seguía en el suelo.

—¡A la caja con él! —ordenó Amerko.

Otra orden similar fue dada en honor de la muchacha.

En seguida, el gigantón que se había enfrentado con el americano, cogió a éste y casi a rastras consiguió llevarlo hasta la caja que le había sido asignada. La más alta.

Torka ocuparía la de al lado.

Amerko abrió las puertas.

Fue al manipular en su cuadro de mandos cuando advirtió lo

que sucedía a través de la pantalla.

Dimitri seguía intentando abatir la puerta con el fuego.

Amerko sonrió.

Accionando la palanca que abría la mampara de cristal, tomó el lanzallamas, mientras ordenaba a uno de sus esbirros que abriera la puerta.

—Movimiento rápido —agregó.

La lámina subió vertiginosamente, mientras Amerko queriendo aprovechar la sorpresa lanzaba el chorro de fuego hacia los que pretendían entrar.

Dimitri, víctima de la sorpresa, fue alcanzado.

Más que un grito, fue un alarido lo que salió de su garganta. Jean se lanzó sobre él para apagar las llamas.

El mayor Alan, pegado a uno de los lados esperó su ocasión para disparar.

Amerko avanzaba con su arma. Se sabía dueño de la situación y no deseaba prolongarla, porque tampoco ignoraba que sus enemigos eran hombres más avezados en el manejo de aquellos artefactos.

Robert celebró haber guardado su último aliento.

Paralizada la situación por el nuevo cariz que habían tomado las cosas, salió disparado burlando la vigilancia del gigante.

Se lanzó contra Amerko.

Cuando éste quiso esquivar, ya era tarde.

Cayó rodando. Su lanzallamas se había escapado de la mano.

Robert daba una vuelta sobre sí mismo para apartarse de la trayectoria de las balas que el mayor británico iba a disparar.

Amerko tuvo todavía tiempo de incorporarse.

Entonces sonó la ráfaga.

Alan no dejó el gatillo hasta que Amerko, acribillado, cayó inerte… Muerto.

A un lado de la estancia, en el suelo había quedado el macuto de Robert. Éste indicó con un ademán a Torka que lo recogiera. Ya no pudo hacer más.

Quedó inconsciente.

También Dimitri había perdido el sentido.

Sólo Alan y Jean, en mejores condiciones, comenzaban ayudados por Torka a prestar los primeros auxilios a sus compañeros.

Después los llevaron al exterior, donde los pilotos les acomodaron a los «Galax».

—Habrá que sacar a los demás —dijo Jean.

Torka intervino.

—Algunos no tardarán en perder los efectos de las ondas electrónicas. Poco a poco todos volverán a la normalidad.

—De todos modos algo falta por hacer —dijo Jean. Y regresó al subterráneo acompañado de Alan.

Libre de peligros y obstáculos ya sólo les quedaba una misión.

—Tenemos que destruir todo esto.

Pulsaron los botones y accionaron las palancas para abrir las planchas laminadas que servían de puertas.

La inmensa nave subterránea quedó al descubierto en todos sus rincones.

Los rifles y los lanzallamas activaron la destrucción de aquel antro creado por un loco.

La grandiosidad de aquel subterráneo les llevó tiempo, mucho tiempo en recorrer los lugares donde Amerko había instalado controles, laboratorios…

Unas notas con ecuaciones revolotearon por el aire, a medio quemar. Alan recogió una.

—Mira, Jean…

—¿Qué es?

Como expertos en armas atómicas habían visto muchas veces algunas fórmulas similares.

—Debía de estar trabajando en esto.

—Algo así como la desintegración del átomo.

—Quémalo, Jean…

El mayor tiró el papel y el francés arrojó el chorro de fuego de su lanzallamas.

—Ojalá, en la Tierra, alguien hubiese hecho lo mismo cuando era tiempo.

EPÍLOGO

El consejo se ha reunido, pero en esta ocasión las gentes han preferido asistir personalmente.

—Hombres como Amerko pueden surgir en cualquier instante —decía Laker— y por tanto creemos del todo necesario tener armamento para defendernos y combatir a los que, como este loco, estuvieron a punto de terminar con nuestro mundo.

Karpo tradujo.

Jean cedió la palabra al mayor Alan Rutherford.

Dimitri y Robert con gruesos vendajes asistían a la reunión.

Alan se levantó.

—Señores, lamentamos mucho tener que comunicarles que nosotros cuatro —señaló a sus tres compañeros— decidimos destruir todas nuestras armas.

Karpo tradujo.

Una exclamación de desencanto brotó de las gargantas de los reunidos.

—Ustedes nunca habían conocido las armas y ni siquiera sabían de su existencia. Nosotros… Los que venimos de un planeta, desaparecido por la fuerza de las armas, somos los primeros en no desearles nada parecido. Así es que, para bien de todos, todo seguirá igual… Sin ambiciones desmesuradas, sin luchas, sin recelos…

Así concluyó Alan Rutherford, mientras Karpo, satisfecho traducía.

Los cuatro supervivientes iban a empezar una nueva vida. Jean había puesto ya el ojo en Torka y con ella salió del consejo haciendo planes para el futuro.

Alan decidió escribir sus memorias. Su libro iba a causar gran

sensación entre aquellas gentes de fondo sencillo.

Robert, el americano, deseaba instalar una granja, pero tendría que trabajar de firme porque sólo disponía de dos «períodos» para el sembrado y recogida, a cambio de cinco para la improductividad.

—La tierra es fértil —le dijo alguien.

—Lástima de estos cinco períodos de tinieblas. Si no fuera por esto, este planeta sería un paraíso.

Bueno… La realidad es que nada es perfecto, ni siquiera a cientos de miles de kilómetros de la Tierra.

Y queda Dimitri. Todavía no sabe cómo consiguió llegar su compatriota ruso a establecer contacto con Karpo.

Éste se lo aclaró mientras volaban a bordo de su aparato, por el que Dimitri también sentía gran interés.

—En cierta ocasión, uno de nuestros sabios científicos quiso traspasar la atmósfera de nuestro mundo. Y me invitó a acompañarle.

—Pero usted dijo que no habían utilizado cohetes jamás.

—Y lo repito ahora. Utilizamos un aparato similar a ése y unas mascarillas de oxígeno… Bueno… los detalles sobran.

—¿Lograron su propósito?

—Sí… Pero fue algo engorroso. El profesor se mareó. Una o dos veces nos quedamos flotando, algo fallaba en el sistema de combustión. Fue en una de estas ocasiones cuando encontramos a su compatriota. Flotaba en el espacio a bordo de su cápsula. Conseguimos sacarle y llevarle a un satélite cercano… Es una estación pequeña, sin importancia, psé… Otra idea del profesor para perfeccionar la visión de nuestras pantallas televisoras.

—¿Y no dan importancia a esto?

—Bueno… ¿Le cuento lo de su compatriota o no?

—Sí, claro.

—La avería nos entretuvo casi todo un período en el satélite. Durante aquel tiempo, el profesor aprendió el idioma de su amigo… en la mitad de tiempo que estuvo con nosotros.

—¿Qué fue de él?

—Murió.

—¿No dijo su nombre?

—Pues sí… Y dijo también que, en su navegar por el espacio sin rumbo ni control, encontró a otros astronautas de la Tierra… Sí…

de otras nacionalidades. Por eso digo yo: ¿Cree que vale la pena arriesgarse? ¿Para qué? Si uno vive en un mundo que no marcha bien, ¿no es mejor intentar perfeccionar el suyo antes que ir en busca de otros?

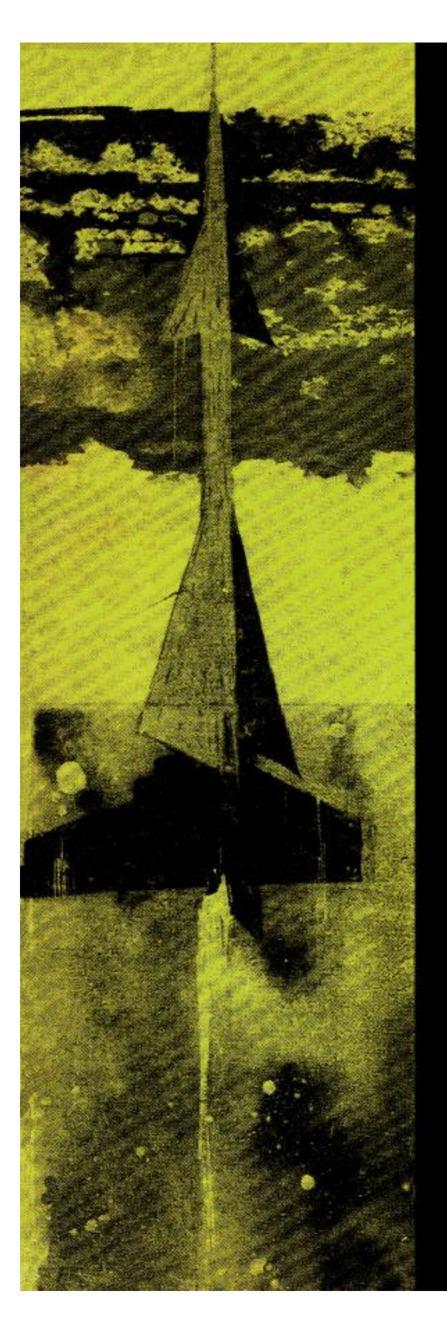
—Oiga, Karpo… ¿Quién era este ruso?

Al fin y al cabo era un compatriota. La curiosidad dominaba a Dimitri.

—Olvidé su nombre hace tiempo.

Bueno… al menos Dimitri había encontrado a alguien con quien poder hablar con la propia lengua y también otra cosa de su preferencia, aviones, helicópteros, aunque allí los llamaran con otro nombre. Volaban, y a Dimitri aquello le gustaba. Sí…, él también había encontrado un lugar donde realizar sus sueños, pero con fines verdadera y auténticamente pacíficos.





en el próximo número:

LA OTRA HUMANIDAD

Peter Kapra

La ciencia quedó
atónita
ante aquel corazón
metálico,
de energía inagotable.

precio: 8 ptas.



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.